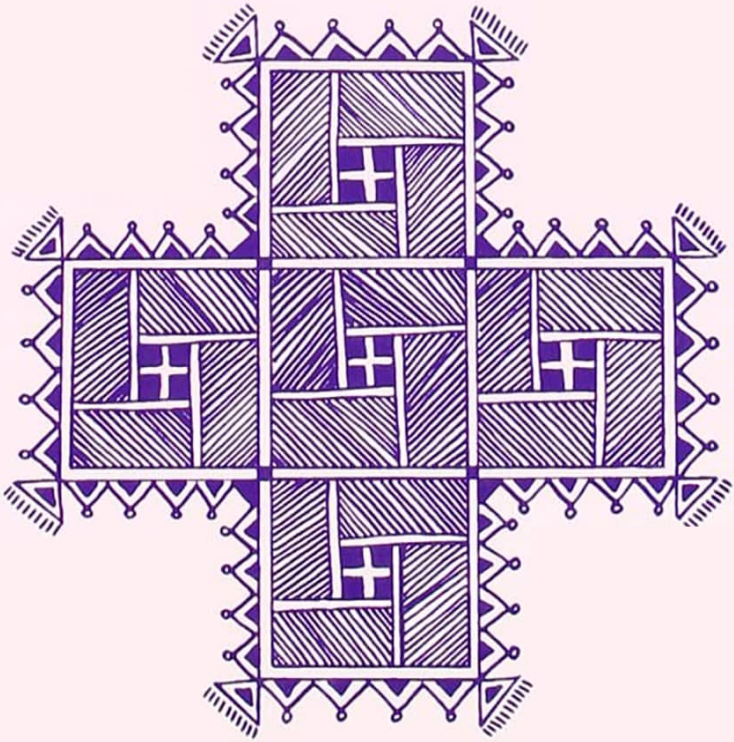
Alan Watts

Mito y religión



Gracias a la fama mundial adquirida con sus libros, Alan Watts introdujo a millones de lectores occidentales en el conocimiento de la mística de Oriente y en los aspectos más profundos de las religiones comparadas. Watts ha gozado así de un enorme prestigio también en círculos teológicos, donde se le considera un brillante y mordaz comentarista de la tradición judeocristiana.

Mito y religión reúne todas esas facetas en una lúcida exposición del pensamiento oriental y una contundente crítica a las religiones institucionalizadas.

En la primera sección. «¡Olvidemos lo que debería ser! Es lo que es», Watts ahonda en las diferencias entre la mitología oriental y la occidental, y se cuestiona si la imagen de un patriarca divino sigue siendo plausible a la luz de nuestro conocimiento actual del universo. A continuación, indaga en los orígenes del cristianismo en «Jesús: ¿su religión o una religión sobre Él?». Con una brillante y documentada crítica de la Iglesia, Watts analiza la forma en que la religión cristiana se ha desviado de sus fuentes. En «La democracia en el reino de los cielos» desarrolla este discurso y cuestiona hasta qué punto tiene sentido mantener una religión «monárquica» en una sociedad democrática. Revisa luego la concepción antropomórfica que se tiene de los dioses en «Las imágenes del hombre». Finalmente, en «La religión y la sexualidad», Watts vuelve a ocuparse con fino humor de la religión organizada para concluir que las iglesias no son hoy más que organizaciones reguladoras del sexo, una hábil estratagema para disimular la falta de profundidad que las caracteriza.

epublibre

Alan Watts

MITO Y RELIGIÓN

ePub r1.2
Titivillus 06.11.2021

Título original: *Mith and Religion*
Alan Watts, 1996
Traducción: Silvia Alemany
Portada: Diseño Rangoli de Bengala

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: ronstad
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Mito y religión

INTRODUCCIÓN

1. LA AUTORIDAD ÚLTIMA

2. ¡OLVIDEMOS LO QUE DEBERÍA SER! ES LO QUE ES

3. JESÚS: ¿SU RELIGIÓN O UNA RELIGIÓN SOBRE ÉL?

4. LA DEMOCRACIA EN EL REINO DE LOS CIELOS

5. LAS IMÁGENES DEL HOMBRE

6. LA RELIGIÓN Y LA SEXUALIDAD

Sobre el autor

Notas

La civilización oriental se encuentra sumida en el caos. Ha perdido el auténtico sentido de la naturaleza y el destino del hombre. La filosofía y la naturaleza, tal como las entendemos hoy en día, no bastan para otorgar al hombre la conciencia de que lo más profundo, el «fondo» de su ser, se encuentra en esa eterna realidad que en Occidente se llama Dios.

Alan Watts, 1951

INTRODUCCIÓN

Cuando Alan Watts hizo su última aparición en televisión en 1973, le preguntaron qué era aquello de lo que carecía el cristianismo moderno y que le había conducido a las filosofías del Extremo Oriente. Su respuesta fue el nivel de la experiencia. Por decirlo de una manera sencilla, en la mitología de las religiones occidentales modernas se ha perdido el conocimiento de la experiencia trascendental o mística y con él ha desaparecido la fuente original de la autoridad espiritual.

En Occidente la autoridad última se basa en «la palabra de Dios», que nos fue otorgada como elemento constitutivo de una mitología en la cual los humanos son la creación y la imagen del Padre Todopoderoso, símbolo de los poderes celestiales. Por el contrario, la mayoría de las primitivas religiones tribales adoran a los poderes terrestres por considerarlos fuente de creación. Por lo general, los mitos occidentales son abstractos en el plano intelectual. Sin embargo, en el Extremo Oriente la doctrina se considera secundaria respecto a la experiencia directa que el alumno tiene de la iluminación. La insistencia de los maestros Zen en la «mente original» ya es legendaria, y el famoso «método koan» de instrucción tiene como objetivo conseguir la liberación. Tal y como Huston Smith escribió en su introducción a *The Zen Eye*, una serie de charlas de Sokei-an Sasaki:

> El rasgo distintivo del budismo Zen (y su antecedente chino, *ch'an*) consiste en negarse a separar la tierra del cielo. Ese énfasis, único (a su modo) entre las religiones históricas, es la manera habitual de ver las cosas para esos pueblos tribales que conservan una tradición oral. A la luz de estos hechos, el *ch'an* y el Zen serían los arroyos que a lo largo de la historia transportan esa sensibilidad primigenia.

En este volumen de transcripciones de sus conferencias, Alan Watts aborda con gran agudeza la cuestión de la autoridad espiritual. Siguiendo la tradición de los místicos y sabios que señalan la existencia de una conexión directa entre el hombre y Dios, identifica al individuo con la verdadera fuente de la religión.

En esta línea se explaya sobre el Jesús histórico y estudia la naturaleza de la «religión sobre Jesús», tal y como ha evolucionado desde los tiempos bíblicos. A continuación Watts analiza las sutiles implicaciones de la teología que defiende que Dios ha muerto, nacida de la insatisfacción provocada por una religión «sobre Jesús» que fracasó en el intento de ofrecer una experiencia mística. Advierte en ella una sorprendente similitud entre las expresiones más afortunadas del concepto «Dios ha muerto» y las enseñanzas esenciales del budismo. Empleando las palabras del maestro que dijo a sus alumnos: «Si os encontráis a Buda por el camino, matadle», desafía a los practicantes cristianos a abandonar la idolatría intelectual (que prioriza el dogma sobre la experiencia personal y directa de lo trascendental) y propone, como ejercicio alternativo a este culto, que los cristianos se planteen quemar la Biblia todas las pascuas como afirmación de la auténtica fe.

Watts describe el verdadero ritual de iniciación a la Iglesia de Inglaterra en contraposición al que él propone. El lector observará que dicha ceremonia carece de los atributos que caracterizan el paso de la juventud a la edad adulta, comunes a todas las culturas que respetan la experiencia mística personal. Cabe preguntarse, pues, si el caos en que se encuentra inmersa la civilización moderna, no es el resultado del fracaso de nuestra cultura al no poder garantizar la necesaria transición de la adolescencia a la edad adulta, con el consiguiente agravante de que el desarrollo personal queda interrumpido, por lo general, en la primera adolescencia. Prueba de ello es el culto a la juventud, un apego al cuerpo de nuestra juventud que, según Alan Watts, es la negación del poder transformador de la vida.

Este libro guiará al lector hacia la fuente trascendental de la religión auténtica y, a través de ella, le alejará del caos de nuestra complicada situación actual.

Mark Watts

San Anselmo, California

1. LA AUTORIDAD ÚLTIMA

Me tomaré la libertad de empezar hablando de mí y de mi papel de experto en materias filosóficas, porque quiero dejar perfectamente claro que no soy un *gurú*. En otras palabras, hablo de «esas cosas» que abarcan una multiplicidad de asuntos relacionados con la filosofía oriental, la psicoterapia, la religión y el misticismo porque me interesan, disfruto comentándolas y me ofrecen una explicación sobre mí mismo. Al decir que no soy un *gurú*, quiero decir que no intento salvarles ni hacerles mejores. Les acepto a ustedes tal como son. No voy por ahí intentando salvar el mundo. Por supuesto, cuando de la montaña manan un riachuelo o una fuente que borbotea cumplen con su propósito; y si un viajero sediento puede aliviar en ellos sus fatigas, eso es bueno. Cuando un pájaro canta, no lo hace en interés de la calidad musical. Sin embargo, si alguien se detiene a escucharlo y sabe apreciarlo, eso es bueno también. Las palabras que les dirijo van imbuidas del mismo espíritu.

No intento crear discípulos. Me rijo más bien según los principios del médico que de los del clérigo. Un médico cura a sus pacientes y, al sanarlos, se libra de ellos. Un clérigo, en cambio, intenta convertirlos en miembros de su organización religiosa. Así se garantiza que el clero siga cobrando, se paguen los plazos hipotecarios de un edificio carísimo, se consolide e incluso se dispare el número de fieles en la iglesia y, por consiguiente, se demuestre la veracidad de sus te-

sis por la aplastante victoria numérica de sus habituales. Mi objetivo, en realidad, es librarme de ustedes para que no me necesiten nunca más ni necesiten tampoco a ningún otro profesor. Temo, sin embargo, que algunos colegas no aprobarán mi actitud: es sabido que la opinión generalizada dice que para evolucionar en nuestra vida, llamémosla espiritual o como queramos, es esencial tener un *gurú* y mostrarle perfecta obediencia.

A menudo me pregunto, «¿es realmente necesario tener un *gurú?*», y solo puedo responder diciendo: «Es necesario si así lo creemos». Lo digo con el mismo ánimo con que se afirma que a todos los que van al psiquiatra tendrían que examinarles la cabeza. Este dicho es mucho más profundo de lo que parece, porque, si de verdad estás tan preocupado y confundido que crees que tendrías que ir al psiquiatra para hablarle de tu salud, no lo dudes y acude a un especialista. Del mismo modo, si precisas que alguien te diga cómo practicar la meditación o cómo alcanzar un estado de liberación, *nirvana, moksha* o lo que sea, y sientes una necesidad imperiosa de hacerlo, hazlo, porque, y en palabras del poeta William Blake, «El loco que persista en su locura se convertirá en sabio». No obstante, me gustaría preguntarles a ustedes cuál es la fuente de autoridad del *gurú.* Él les dirá que habla por experiencia, que ha vivido estados de conciencia que lo han transformado en alguien profundamente feliz, comprensivo, piadoso, etcétera. Ustedes tienen su palabra, y quizá también la de otras personas que coinciden con él; pero todas ellas, y ustedes a su vez, basan sus estimaciones en su propia opinión y capacidad de juicio. Es decir, son ustedes la fuente de autoridad del maestro. Esta idea es cierta tanto si el maestro habla como individuo o como representante de una tradición o una iglesia en concreto.

Quizá ustedes me dirán que la Biblia es la autoridad, o la iglesia católico-romana, y a menudo el practicante católico suele mostrarse contrario a confiar en la experiencia mística individual, dada su tendencia a ser interpretada con argumentos estrictamente personales; las tradiciones objetivas y substanciales de la iglesia son las que nos protegerán de estos excesos. Sin embargo, esas tradiciones resultan substanciales y objetivas solo porque sus practicantes así lo creen. Así lo afirman, y al observarlas ustedes también, con su actitud, les dan la razón. La cuestión radica en ustedes. ¿Por qué creen?, ¿cómo han llegado a formarse esta opinión?, ¿cuáles son los fundamentos de esta teoría?

Casi todos buscamos ayuda, salvo *«When I was younger, so much younger than today, I never needed anybody's help in any way»*[1]. Sin embargo, se tiene la sensación de sufrir una cierta impotencia, de estar solo y de algún modo confuso en un impredecible y caprichoso mundo externo de acontecimientos que contiene grandes dosis de sufrimiento y tragedia. Nos preguntamos por qué estamos aquí, cómo llegamos y, en resumen, qué hacer con el «problema de la vida», al cual deberíamos añadirle el dilema de la muerte, porque es seguro que todos moriremos, y los que amamos morirán, y que la muerte y el morirse pueden ser procesos dolorosos. ¿Hay algún modo de dominar esta situación?

Existen muchas maneras de intentar escapar de la difícil situación humana, que es la de una conciencia solitaria y aislada en medio de un enorme no-yo. Podemos intentar ganar el juego en el plano material, convirtiéndonos en alguien muy rico o muy poderoso. Podemos recurrir a todo tipo de tecnología para librarnos de nuestros sufrimientos: hambre, dolor, enfermedad, etc. Veremos, no obstante, que aun logrando nuestro propósito, no conseguimos estar satisfechos. Por decirlo con otras palabras, si ahora piensan

ustedes que unos ingresos superiores solucionarían sus problemas y consiguen ese aumento, les embargará un sentimiento de felicidad durante unas cuantas semanas. Luego, sin embargo, y como bien saben los que han pasado por esta experiencia, la sensación deja de ser una novedad. Quizá entonces ya no les preocupe el pagar sus deudas, pero empezarán a inquietarse por si caen enfermos. Siempre hay algo de lo que preocuparse. Incluso cuando se es muy rico, se sigue uno angustiando por la enfermedad y la muerte, y por si Hacienda se llevará todo nuestro dinero, descubrirá que hemos falseado la declaración o nos meterá en la cárcel sin razón que lo justifique. Siempre existe esta preocupación.

En ese momento nos damos cuenta de que el problema vital, en realidad, no consiste en cuáles sean nuestras circunstancias externas. De hecho, seguiremos preocupándonos con independencia de ellas. Más bien el problema radica en lo que conocemos como mente. ¿Podríamos, con algún método adecuado, controlar la mente para no inquietarnos? ¿De qué forma y manera? Hay quien dice que la mejor respuesta es pensar en cosas positivas, vivir en paz, respirar despacio y murmurar bajito hasta que nuestro estado anímico se tranquilice a fuerza de repetir frases como «Todo es luz», «Todo es Dios» o «Todo es bueno». Por desgracia, no siempre funciona, porque igual nos asalta la sospecha de que estamos hipnotizándonos y fingiendo que todo va bien; así de simple. Es lo que en alemán se llama *hintegedanka*: ese pensamiento que persiste (oculto en lo más profundo del intelecto) atormentándonos.

Advertirán que este asunto del control mental no es una tarea superficial, porque aunque puedan calmar la agitación de su conciencia, más allá existe una vasta zona de inconsciencia que entrará en erupción de manera imprevista, tal y como ocurre con los acontecimientos del mundo externo.

Puede que entonces quizá consideren seriamente la posibilidad del psicoanálisis, de sumergirse en esas profundidades en un intento de calmar esas aguas turbulentas. Es posible incluso que se planteen consultarlo con un *gurú*, en cuyo espejo puedan ustedes advertir aquellos aspectos personales de los que uno no es directamente consciente.

Andando el tiempo, quizá sintamos que hay algo extraño en todo esto; y podemos expresar esa sensación de muy diversas maneras. Por ejemplo: ¿cómo vamos a llegar a lo más profundo de nosotros mismos si nosotros somos el problema? Es como si intentáramos perforar la cabeza de un alfiler con la cabeza del mismo alfiler.

En otras palabras, si sienten la necesidad de evolucionar en el orden psicológico o espiritual, no cabe duda de que ustedes provocarán ese cambio; pero si es la misma persona la que desea mejorarse a sí misma, ¿cómo va a conseguirlo? Se encuentra en un mal paso. Es como si intentara elevarse del suelo tirando de la lengüeta de las botas, a sabiendas de que aterrizará de bruces y terminará por debajo del nivel inicial.

Es un problema recurrente, y lo ha sido a lo largo de la historia para todas las grandes tradiciones religiosas. Lo encontramos en el cristianismo, en san Agustín, quien, al argumento de «Dios no nos habría dado el mandamiento de amarlo, y de amar al prójimo, si no pudiéramos obedecerlo», respondió: «Sí; pero el mandamiento no se nos dio para obedecerlo. Dios nunca esperó que lo obedeciéramos, porque somos incapaces de amar a nadie salvo a nosotros mismos». Por consiguiente, recibimos el mandamiento para convencernos de nuestros pecados, de los que solo puede salvarnos la gracia divina infundiendo a nuestras almas un poder superior. Esta es más o menos la doctrina que estableció la iglesia. El dilema, por lo tanto, siempre fue cómo conseguir esa gracia. En principio, la gracia se ofrece libremen-

te a todos, pero hay quienes la consiguen y quienes no. A ciertas personas, la medicina les hace efecto; en cambio, a otras, no. Parece ser que tenemos la fuerza de resistirnos a la gracia pero, a su vez, también tenemos la fuerza de aceptarla. Es decir, quemamos saber cómo aceptarla, para estar abiertos a ella.

Esto nos conduce exactamente al mismo lugar donde empezábamos. Es como decir: «¡Debes relajarte, puñeta! ¡Déjate ir!, ¡ríndete!». Claro que sé que debería rendirme; sé que tendría que dejarme ir, supeditar mi voluntad a la voluntad divina. No obstante, como tan bien refiere san Pablo, «[…] querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero». Por decirlo de otra manera, todos llegamos a algo presente en nosotros mismos llamado *yetzer ha-ra*, el espíritu caprichoso que Dios introdujo en el alma de Adán. Según mi traducción, es el elemento de «sinvergonzonería irreducible». Todos somos básicamente granujas, de un modo u otro. Conozco gente de toda clase que es un dechado de virtudes exteriores. Llega un momento en que resulta que necesitan dinero, y entonces, por supuesto, la virtud se esfuma. Es cierto que existe un elemento de sinvergonzonería en nosotros; y lo sabemos muy bien. La cuestión una vez más consiste en cómo transformarlo. Si quien lo transforma también adolece de él, ¿cómo podrá transformarse quien lo padezca? Es el eterno problema de quién protege a los guardas, vigila a la policía y gobierna al gobierno. Es un círculo vicioso. Se ha hablado mucho de que poseemos dos yoes: un yo inferior o ego y otro superior llamado espíritu o *atman*. El cometido del *atman* sería el de transformar el pequeño y mezquino ego. En ocasiones lo consigue, pero muchas otras veces no lo logra. Podríamos, por consiguiente, preguntar: «¿Por qué el *atman* de Fulanito de Tal no consigue su pro-

pósito?, ¿acaso su ego es demasiado fuerte? En caso afirmativo, ¿quién lo doblegará?; ¿o es su *atman* demasiado débil?; ¿cómo va a ser eso posible, si está claro que todos los *atman* son iguales?». El dilema sigue sin resolverse.

Detengámonos a considerar adónde queremos llegar. Estamos intentando mejorar. Buscamos esa clase de experiencias que denominamos positivas: el bien, la luz, lo vivo; y deseamos evitar las negativas: el mal, la oscuridad y lo muerto. Por desgracia, estamos dotados de un sistema nervioso donde las neuronas se disparan con intermitencias. Todo aquello de lo que somos conscientes se origina a partir de una disposición extremadamente complicada del sí y el no. Podemos grabar la televisión en color en una cinta, y reducir el problema a una cuestión de sí o no; y esa, tal como comprobarán, es la filosofía del libro chino de los cambios, el *I Ching*, que representa todas las situaciones de la vida en términos de combinaciones de *yang*, o el principio positivo, y yin, el negativo. Es interesante hacer notar que el filósofo Leibniz leyó la traducción latina del *I Ching* y, a partir de ella, inventó la aritmética binaria según la cual todos los números pueden representarse con el cero y el uno, que es el sistema numérico que utiliza el ordenador digital y que subyace a toda nuestra ingenuidad electrónica. Nuestro extenso sistema nervioso se basa en el mismo principio.

¿Ven lo que intentamos hacer cuando buscamos lo positivo y evitamos lo negativo? Intentamos poseer el *yang* sin el *yin*. Pretendemos organizar un juego vital donde exista el ganar y no el perder. ¿Cómo se puede arreglar una situación así? Si todos somos felices por un igual, será imposible tomar conciencia de nuestra felicidad, porque se impondrá una cierta monotonía sobre todas las cosas. Si eleváramos todos los valles y rebajáramos todas las montañas, el impacto sobre el medio ambiente sería nefasto; y eso ya está ocu-

rriendo por efecto de los *bulldozers* que actúan en las colinas de Hollywood, en un espantoso cumplimiento de la profecía bíblica que dice que se elevarán todos los valles y se aplanarán las montañas, y los lugares escarpados serán llanos. Sin embargo, Isaías también dijo algo que los cristianos, al menos, no suelen citar: «Yo soy Yahveh, y no hay nadie más. Yo formo la luz y creo la oscuridad. Hago la paz y creo el mal. Yo, el Señor, hago todas esas cosas». A pesar de ello, nos esforzamos en ser buenos, sin darnos cuenta de que no reconoceríamos a los justos si no hubiera pecadores, ni a los sabios si no hubiera locos. No hay solución posible al dilema.

El budismo representa la existencia con una rueda llamada *pavarachakra*, la rueda del devenir, el nacimiento y la muerte. En lo alto está *devas*, los ángeles, como diríamos nosotros. Abajo, *naraka* o los que sufren tormento en el purgatorio; y nosotros vamos dando vueltas, ora hacia un lado, ora hacia el otro. En realidad, es como una jaula de ardillas, donde hay que correr sin parar hacia arriba, y cada vez más rápido, si queremos quedarnos donde estamos. Eso es lo que explicaría la sensación de que cuanto más triunfamos en cualquier escalafón del progreso material o espiritual, tanto más seguimos en el mismo lugar. Quizá haya algo de ambicioso, soberbio y erróneo en aspirar a la iluminación o la compasión. Puede que sea soberbia espiritual el creer que yo, con mi esfuerzo, puedo convertirme en un buda o un santo. Por consiguiente, es posible que lo que deba hacerse sea intentar eliminar todo deseo, no solo el del éxito material, sino también el del espiritual. El Buda sugirió que el deseo era la fuente del sufrimiento, e indicó a sus alumnos que si eliminaban el deseo o el apego por las cosas, dejarían de sufrir. Hemos de advertir, no obstante, que las enseñanzas del Buda no son doctrinas en el sentido que en-

tienden judíos, cristianos y musulmanes. Son propuestas. Son los prolegómenos de un diálogo. Al intentar eliminar el deseo, pronto descubrimos que estamos deseando no desear; y enseguida se llega a una situación donde se descubre que nuestros esfuerzos por cambiar siempre fracasan. Quizá nos animemos ante algún que otro éxito temporal, pero una y otra vez seguiremos enfrentados al mismo problema acuciante. Esta es la razón de que cuando la gente con inquietudes espirituales sale de una secta sea para integrarse en otra, adoptando un maestro tras otro y siempre a la espera de encontrar al definitivo, el único que tenga respuesta para ellos.

Es cierto que muchos maestros afirman: «No hay nada que podamos hacer». Habremos de practicar el no-hacer, lo que los taoístas llaman *wu wei*, el no esforzarse. Ya verán lo extraordinariamente difícil que resulta no esforzarse. Es como intentar no pensar en un elefante verde; al instante estamos pensando en uno. Llegamos a la funesta conclusión de que ni aun desviviéndonos, podremos liberarnos de la alternancia de los contrarios. Es como intentar ser natural con un acto de la voluntad, o ser auténtico, o bien amar. Nos coloca en una encrucijada. Cuando decimos de alguien que se ha educado a conciencia para ser natural y mostrar una disciplinada espontaneidad, pensamos en una persona con una espontaneidad genuina, sin falsedades. Creemos que existen personas así; y, al igual que los niños, son muy interesantes, aunque ellas no lo saben. Cuando lo descubren, sin embargo, se convierten en unas consentidas.

Imaginen por un momento que tienen el privilegio de mantener una breve entrevista con Dios durante la cual se les permite formular una pregunta. ¿Qué le dirían? Tendrían que reflexionar con gran detenimiento porque una oportunidad única como esta solo se presenta una vez, y de-

berían extremar las precauciones para no plantear una pregunta absurda. Podrían poner a prueba a Dios con un *koan* budista Zen, como, por ejemplo, «trascendiendo lo positivo y lo negativo, ¿qué es la realidad?». El Señor, dirigiéndose a ustedes, diría: «Hijo mío, tu pregunta no tiene sentido», y perderían la ocasión de elucidar el significado de la respuesta.

A lo mejor tendrían que haberle dicho: «¿Qué pregunta debería formular?»; y Dios les habría respondido: «¿Por qué deseas hallar una pregunta?». Ustedes desean encontrar un por qué, en caso contrario, sentirían como una carencia. Existe, sin embargo, una pregunta: cómo salvar el insoluble problema de intentar ganar sin perder. El dilema les mantendrá ocupados hasta que comprendan que carece de sentido, porque no tiene solución posible. No obstante, existen muchísimas maneras de enfocar el asunto para evitar que ustedes adviertan lo absurdo de la cuestión.

Los buenos *gurús* son muy listos aportando soluciones de esta clase. Cuando les pidan que se concentren, al cabo de un rato quizá se sorprenderán pensando en la concentración, y, por consiguiente, notarán que se les presenta, en cierto modo, dividida. El *gurú* les preguntará: «¿Por qué se están concentrando? ¿Qué les motiva a hacerlo?»; descubrirán entonces que la respuesta es por sinvergonzonería irreducible. Sin embargo, cuando el maestro ya ve que dominan esa lección, les enseña algo aún más ingenioso. Les dirá: «Han progresado. Descubrir que no saben concentrarse ha empezado a mermar la ilusión de su ego, pero solo han llegado a la antesala de la cuestión. Existe otra clase de aprendizaje mucho más elevado, y para ello deberán redoblar sus esfuerzos». Es entonces cuando, con la más devota aplicación, nos empeñamos en poner en práctica todos los trucos que estos venerables señores idean; y seguiremos en nues-

tro empeño mientras la fe no nos abandone. Al final, sin embargo, veremos que todo era una sarta de trucos.

El gran maestro Zen Rinzai dijo que, en resumen, no había gran cosa en el budismo de Obaku. El arte del Zen, o la enseñanza Zen, es como engañar a un niño con un puño vacío, explicaba a sus alumnos. Ya se sabe cómo despertamos la curiosidad de un niño fingiendo tener algo muy valioso en el puño. Podemos jugar así durante una hora, provocando el entusiasmo creciente del niño hasta descubrir lo que tenemos en la mano. Al final, se revela que no había nada. Hay mucha gente que durante su aprendizaje Zen afirma: «Me doy cuenta de que no había nada que descubrir. Todo estaba ahí desde el principio». Al margen de este descubrimiento (no podemos hacer ni dejar de hacer nada con nuestros deseos), tomamos conciencia de la veracidad de esta afirmación porque no existe un yo separado de nuestro mismo yo. En otras palabras, cuando intentamos controlar los pensamientos, o bien los sentimientos, no hay diferencia alguna entre estos y quien los controla. Lo que llamamos el pensador simplemente es una idea de nosotros mismos. El pensador es un pensamiento entre otros muchos pensamientos, y el que siente es un sentimiento como otro cualquiera; sin embargo, intentar controlar los pensamientos con otros pensamientos es como intentar mordernos los dientes.

La otra cara de la moneda sería cuando descubrimos en efecto que el proyecto de controlarnos era innecesario porque nosotros mismos ya éramos budas desde el principio. Es lo que quieren decir las *Upanishads* cuando afirman con simplicidad *Tat tuam asi* («Eres ello»): Eres lo que eres. ¿Cómo podemos concebir algo así? Imaginemos que dejamos volar la imaginación y reflexionamos realmente sobre lo que nos habría gustado que sucediera. Imaginemos la fe-

licidad más desbordante que podamos concebir; un estado libre de preocupaciones, angustias y de un inquietante futuro de terribles consecuencias. Somos dueños de nuestras acciones, sentados en posición de loto y perfectamente satisfechos. Ahora bien, yo quisiera preguntarles con el corazón en la mano: ¿están seguros de que esto es en realidad lo que desean? Imagínense la situación. Tienen todo lo que desean. Se encuentran en el estado espiritual más elevado posible que puedan concebir y, sin embargo, en el fondo todavía no se han rendido; porque lo saben todo.

La sensación del yo depende a su vez de la existencia de una marcada sensación de lo otro. El yo percibe que hasta cierto punto controla la vida con actos voluntarios. Es como si la voluntad poseyera una cierta libertad, aunque con ciertos límites. Al final, sin embargo, es como si la vida nos arrastrara. A pesar de estar abrumados por lo involuntario, lo voluntario persiste. Con cada nuevo recién nacido llegan nuevos voluntarios al mundo. Por consiguiente, no podríamos tener la experiencia de «ser un yo que actúa por voluntad» si no pudiéramos contrastarla con lo involuntario. ¿Acaso desearían prescindir de ello? Piensen que si pudiéramos librarnos de lo involuntario, no gozaríamos de la experiencia del yo voluntario. Por decirlo de otro modo, ¿les gustaría tener la experiencia de un yo no voluntario en el que todas las cosas sucedieran porque sí? Es posible que respondan: «No estoy seguro, porque entonces temblaría el suelo bajo mis pies, sentiría como si flotara libre de toda responsabilidad».

Es cierto que en ocasiones tenemos esta sensación. Si llevamos las ideas del determinismo y el fatalismo hasta las últimas consecuencias, notaremos que carecemos de toda responsabilidad, preocupaciones y deberes. Sin embargo, cuando eso cambia, resulta imposible seguir esa filosofía de ma-

nera coherente, sobre todo si se tienen hijos. En cierto sentido, la sociedad nos impele a los adultos a ser responsables, así como también incita a los niños, y esta incesante dualidad se manifiesta siempre. No podremos entender la condición irresponsable de la vida involuntaria a menos que podamos contrastarla con la posibilidad de lo voluntario, y viceversa.

Aunque estos dos aspectos de nuestra experiencia parezcan ser dos (podemos denominarlos lo voluntario y lo involuntario, el conocedor y lo conocido, el sujeto y el objeto, el yo y lo otro), en realidad son uno solo. No podemos prescindir de ninguno de ellos. Cuando, sin embargo, nos parezca eso posible, sabremos de inmediato que existe una conspiración: siempre que dos cosas parecen diametralmente distintas, en realidad, y por esa misma razón, son la misma. Podemos observarlo incluso entre las acciones llamadas voluntarias. En los movimientos voluntarios de los músculos o la mente existen procesos no voluntarios. Nosotros no disponemos que la sangre circule; tampoco controlamos intencionadamente las sinapsis de nuestro sistema nervioso y, sin embargo, seríamos incapaces de realizar cualquier acción voluntaria si no funcionaran todos estos procesos involuntarios. Por consiguiente, estas diferencias van al unísono.

Es el momento en el que nos damos cuenta de algo difícil de describir: lo que llamamos experiencia es un hacer-suceder. No poseemos palabras para ello. Podríamos trasladar el sentido a la expresión «surcar», por ejemplo, que significa «separar» para después «mantener unido» o «juntar». Propondría, por lo tanto, encontrar algún término para el hacer-suceder, porque todo es un hacer-suceder.

Cuando los budistas hablan de *karma*, quieren dar a entender la acción; y todo eso que nos ocurre, sea bueno o malo, afirman que es nuestro *karma*. Tan solo significa: «Es

nuestro hacer». Ahora bien, podríamos decir: «Yo no quería hacerlo», y alguna escuela filosófica nos explicaría lo sucedido diciendo que en otra vida anterior, o en otros tiempos, hicimos algo cuyas consecuencias sufrimos ahora. Sin embargo, ese es un conocimiento muy superficial del *karma*. No es necesario creer en la reencarnación para entenderlo. *Karma* es sencillamente no dejar que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha. En un aspecto hacemos lo que llamamos el entorno; en el otro, hacemos lo que denominamos el organismo, nuestro cuerpo. El hecho de que sea imposible concebir la existencia de un onanismo vivo sin un entorno nos da la pauta para suponer que ambos son, en realidad, uno solo. Al igual que ocurre con los dos polos de un imán, el norte es radicalmente distinto del sur, y, no obstante, ambos forman parte de un solo imán.

En el mismo sentido exacto, somos lo que hacemos y lo que nos sucede. Jugamos a no ser responsables de lo que nos sucede, y a serlo solo de lo que hacemos. Esta ilusión nos permite competir con las dos caras de nosotros mismos. Es como tener una aguja de hacer punto en cada mano y librar un combate de esgrima contra nosotros mismos. Si nos proponemos intentar clavar la aguja en una de las manos, la otra deberá intentar devolver el golpe para defenderse. Llegaremos a una especie de punto muerto, a condición de que no decidamos que la victoria sea de la mano derecha, en cuyo supuesto habremos roto las reglas del juego, que es lo que hacemos siempre.

Los hinduistas y los budistas llaman a este romper las reglas *avidya*, «ignorancia», que en el fondo significa «hacer caso omiso». En resumen, se basa en el hecho de que somos responsables de todo. La autoridad del *gurú* proviene de nosotros. El lugar que detentamos en la vida lo hemos buscado nosotros. Así como en la superficie de una esfera todos los

puntos pueden considerarse el centro de la superficie, todos los lugares posibles se consideran auténticos. Todos estamos en el lugar que nos corresponde. Empleemos el idioma que empleemos, todos somos la manifestación de lo divino, que juega a cosas distintas. El no ser conscientes de ello, si ese es el caso, forma parte del juego. En eso consiste la diversión. ¡Piérdete!, —nos decimos; y nos perdemos.

A todos nos gusta ir a ver una película de terror y estremecernos de miedo al pensar que va a ocurrir algo horrible y que en la pantalla aparecerá una escena que no podremos soportar. Todos nos exponemos a emociones de esta clase. Los niños y los jóvenes se arriesgan muchísimo, y sus padres viven muertos de miedo. Cuando no se emborrachan o conducen coches trucados, toman drogas que les vuelven locos de por vida. Si no se drogan, hacen cualquier otra cosa para demostrar lo cerca que pueden llegar a estar del peligro. La mayoría de los que participan en carreras de coches terminan, por lo general, teniendo un accidente. La vida es para vivirla peligrosamente. Felicito a todos los ignorantes, faltos de espíritu y retrógrados. Están tan perdidos en el juego que ni siquiera saben dónde se encuentran, y corren un peligro tremendo. Gracias a ellos incluso podríamos volar el planeta, y no falta mucho para ello. De la misma manera que el corredor de coches ve subir sin parar la aguja del velocímetro, un número cada vez mayor de personas, que en función de su superioridad moral se han propuesto que el bien prevalezca en el mundo, van observando la oscilación de la aguja de la tensión mundial, que asciende sin detenerse hasta lograr que todos sucumbamos en una explosión final de gloria. Cuando al fin el polvo se haya vuelto a posar sobre la tierra, dirán: «Todo ha sido un sueño del que ya hemos despertado. ¿Qué hacemos ahora?».

Por eso afirmo que mi cometido es el de libertador. Quiero que vean que son ustedes, y no yo, ni el *swami* Fulanito de Tal, ni el buda como-se-llame, ni el santo que a ustedes más les guste, los responsables, sino ustedes mismos. Sir Edwin Arnold puso estas palabras en boca del Buda: «La causa de su sufrimiento deberán encontrarla en ustedes mismos. Nadie más les obliga a vivir, morir, girar en la rueda y abrazar y besar sus radios de agonía, su llanta de lágrimas, su cubo de nada».

Un antiguo maestro Zen le preguntó a su maestro:

—¿Cuál es el camino para la liberación?

—¿Quién te esclaviza? —le dijo el maestro.

—Nadie.

—En ese caso —concluyó el maestro—, ¿por qué necesitas pedir la liberación?

Todo se remite a uno mismo. ¿Qué deseamos? ¿Saben ustedes lo que desean? Reflexionen sobre ello y digan exactamente lo que quieren. Volverán a encontrarse indefectiblemente en el mismo lugar que ahora; y todo sucede porque nosotros mismos lo provocamos. ¿Por qué deberíamos entonces meditar? ¿Por qué realizar algo de naturaleza, digamos, espiritual?

La gente no entiende, en realidad, qué es la meditación. La meditación es la única actividad humana carente de propósito. Siempre se muestra a los budistas, que parecen haberlo conseguido todo, en una especie de postura de meditación. ¿Por qué deberían seguir meditando? Porque es la manera precisa de sentarse para un budista. Cuando se sienta, se sienta; cuando camina, camina. No va a ninguna parte. Va a pasear porque le gusta, lo saborea. La misma palabra «saborear» no solo significa apreciar, sino también penetrar, ir hasta el fondo del asunto, penetrar el momento; y

llegar al fondo del momento presente es llegar al fondo de nosotros mismos. Nos hallamos donde empezamos, donde iniciamos todo este interrogatorio. ¿De dónde surgen la pregunta y el deseo? De nosotros mismos, y ese nosotros es el punto a partir del cual se origina el universo entero, perdiéndose en el pasado como la estela de un barco. La estela no gobierna el barco; es el barco quien produce la estela. La meditación consiste en sentarse y dejar que suceda. No se practica porque sea beneficiosa. Se hace por diversión. La meditación es algo agradable. Cuando no lo es, en el fondo no se está meditando.

Existe un juego terrible para los que meditan: el sufrimiento competitivo. Se instalan en algún lugar durante interminables horas hasta que las piernas les duelen tanto que casi se caen. Luego vuelven y alardean de haber aguantado el dolor todo ese tiempo. Cuesta mucho menospreciar a los que sufren. El dolor nos conmueve de un modo natural, pero, en ocasiones, me siento tentado a exclamar: «¡Por el amor de Dios! No me echéis en cara vuestro sufrimiento así, con estos aires. No presumáis de ello. No os sintáis superiores al decir que habéis sufrido más que yo». La gente dice cosas como: «Soy más consciente que tú de mis defectos», «soy más tolerante que tú» o «sé mejor que nadie lo mala persona que soy». Existen muchos modos de mostrarse superior frente a los demás para jugar a ganar. Cuando entramos en esta clase de historias en la meditación, establecemos jerarquías, rangos y grados, hasta que terminamos diciendo: «¿Quién ha conseguido el nivel siete?, ¿y el nivel nueve?».

El *gurú* experimentado siempre les situará en un nivel más alto del que ustedes hubieran podido imaginar para ver hasta dónde llega su ambición. Es un proceso sin fin, que finaliza, de repente, cuando nos despertamos y empezamos la

meditación real y nos damos cuenta de que estamos allí, que en el fondo no hemos dejado de meditar todo el tiempo por el mero hecho de existir durante todo ese tiempo.

2. ¡OLVIDEMOS LO QUE DEBERÍA SER! ES LO QUE ES

Me pregunto lo que significa la palabra «yo». Siempre me ha interesado mucho este problema y he llegado a la conclusión de que lo que la mayoría de la gente civilizada entiende por esa palabra es una alucinación, un falso sentido de la identidad personal como algo que disiente con la realidad de la naturaleza. Como resultado de esta confusión respecto a la identidad, actuamos de manera equivocada con nuestro medio ambiente, y cuando una poderosa tecnología respalda esa actuación errónea, entonces empieza a surgir una profunda discordancia entre el hombre y la naturaleza. Como es de todos bien sabido, estamos destruyendo nuestro entorno con el propósito de conquistarlo y dominarlo. Creemos que es algo distinto a nosotros, y al asumir este hecho, cometemos un grave error por el que pagamos un precio muy alto.

La mayoría coincidiría con los versos del poeta, que dicen: «Yo, extraño e inquieto ante un mundo jamás por mí creado». Nos parece que bajo nuestra piel existe un ser totalmente distinto al mundo que hay más allá de nuestros sentidos. Creemos que mientras en el interior del ser humano conviven la inteligencia, los valores y los sentimientos amorosos, en el exterior se desarrolla un mundo de procesos mecánicos en el que los individuos no importan en absoluto. Pensamos que el mundo físico es el resultado de ro-

taciones de ciegas fuerzas desprovistas de inteligencia, mientras que el mundo biológico consiste en meros giros de la libido, la palabra freudiana para designar la irrefrenable lujuria. Por otro lado, hay quien disiente y afirma que el mundo se encuentra sometido al dictado de un dios sabio, justo y caritativo. Son muchos los que sostienen esta versión; sin embargo, son muy pocos en realidad los que creen en ella a pies juntillas. La mayoría piensa que debería creer en él, pero en el fondo no cree, porque la idea de Dios, tal y como aparece en el cristianismo, el judaísmo y el islamismo populares, es inverosímil para las personas cultivadas. Les encantaría creer, pero no pueden. Lo que en los siglos XVIII y XIX se consideraba en Occidente un pensamiento vanguardista (la idea de que el universo es una máquina) se ha extendido en el sentir común de la gente de hoy en día. Casi nadie, en cambio, siente que el universo de la física moderna apele a su sentido común. Seguimos pensando el mundo en categorías newtonianas e ignorando las de la teoría cuántica.

El psicoanálisis, por ejemplo, es una concepción newtoniana de nuestros mecanismos psicológicos (y observen que hablamos de mecanismos mentales inconscientes). Consideramos la libido, de la misma manera que Ernst Hekel lo hacía con la energía del universo, como ciega o inconsciente. En cierto modo el psicoanálisis es psicohidráulica, dada su analogía entre la energía psíquica y el fluir del agua. Así pues, la concepción del siglo XIX es que la psique humana (la mente, el ego, el superego y el id) funciona básicamente como un mecanismo.

El siglo XIX se esforzó en adoptar una actitud objetiva respecto a la naturaleza y en mostrar un antagonismo radical hacia lo que nos atrevemos a llamar el animismo «primiti-

vo», la concepción de que todo vive, sostenida por aquellos que conversan con los animales, las plantas, los ríos, las montañas y las estrellas. Los pensadores del siglo XIX afirmaron que se trataba de una falacia patética, un reflejo de las características de la inteligencia humana sobre entidades naturales desprovistas de intelecto. Por consiguiente, se eliminó esa proyección y se propuso «mirarlo todo de manera objetiva, tal y como son las cosas». Esa actitud se volcó luego en nosotros mismos, y la fisiología y la psicología humanas se estudiaron como objetos. Sin embargo, cuando descubrimos que nosotros también éramos objetos, decidimos que había llegado el momento de suicidarnos, porque todos los objetos, como su mismo nombre implica, son sin duda objetables. Encontré esta frase, que creía haber inventado yo, en la obra de Weston La Barre, un gran antropólogo, claro representante de la escuela psicoanalítica centrada en esta filosofía decimonónica del llamado naturalismo científico. Habla de «el mundo objetivo y objetable». Por lo tanto, cuando no hay nada subjetivo y todo se considera simplemente un mecanismo carente de personas, el mundo resulta vano. Así es como nos preparamos para destruir el planeta con la energía nuclear y otros procesos similares.

Admito que esta concepción decimonónica del mundo sea pura mitología, y no muy buena además, ya que en lo fundamental se basa en la fantasía de nuestra propia existencia. Debe quedar claro que el ser humano forma parte del universo, aunque digamos en sentido coloquial «Vine a este mundo». Eso no es cierto. Nosotros no venimos al mundo, sino que salimos de él, del mismo modo que las flores salen de las plantas o la fruta de los árboles. Los manzanos dan manzanas, el sistema solar (y, por consiguiente, la galaxia y el sistema entero de galaxias en el que vivimos) es

el sistema que lo puebla todo. Las personas, por lo tanto, son la expresión de su energía y naturaleza.

Si el ser humano es inteligente, y creo que eso debemos darlo por descontado, la energía que expresamos también debe de serlo, porque no vamos a pedirle peras al olmo. Sin embargo, a la gente normal y civilizada no se le ocurre considerarse la expresión del universo entero. Tendría que ser obvio que no podemos existir salvo en un entorno de tierra, aire, agua y temperatura adecuada, y que todas estas cosas forman parte de nosotros (si bien es cierto que en nuestro exterior) y son tan importantes como nuestros órganos internos, el estómago y el cerebro.

Cuando no somos capaces de describir la conducta de los organismos sin determinar a su vez el comportamiento de su entorno, tenemos que percatamos de que poseemos una nueva entidad descriptiva. No hablamos ya del organismo individual aislado, sino de un «campo de conducta» al que llamaremos, de un modo bastante pedestre, el organismo/entorno. Funcionamos con nuestro entorno de la misma manera que la cabeza funciona con el resto del cuerpo. No obstante, al pensar en alguien, no lo hacemos de este modo. Si de repente pensamos en nuestra madre, esbozamos su rostro. Los periódicos, las revistas, los libros y las galerías de arte suelen representar a las personas con un retrato de su busto. Los pies, las piernas o la espalda son algo irrelevante. En cambio, aunque contemplemos un rostro truncado, afirmaremos de él que es una persona. Pon buena cara, —decimos, e intentamos por todos los medios guardar las apariencias para mantener la fachada.

No es de extrañar que la palabra «persona» en latín significara el medio por donde pasaba el sonido y se refiriera a la máscara acústica que llevaban los actores de teatro grecorromanos. Las *dramatis personae*, la lista de los personajes

que aparecían en la obra fue en su origen el conjunto de máscaras que iban a salir a escena. La persona, la personalidad, por lo tanto, sería la máscara. La pregunta es: ¿Qué hay bajo la máscara? No olvidemos que el rostro va acompañado del cuerpo.

En la naturaleza no se encuentran rostros que lleguen al mundo *sui generis*; lo hacen siempre con un cuerpo. Por otro lado, tampoco los cuerpos llegan a una simple bola de roca desprendida, flotando sin atmósfera desde una estrella distante. En un mundo así no crecerían los cuerpos. No habría terreno para ellos, ni esa complejidad del medio ambiente necesaria para producirlos. Los cuerpos precisan un entorno natural muy complejo; y si la cabeza va con el cuerpo y este con el entorno, entonces el cuerpo resulta ser una parte fundamental del entorno así como la cabeza lo es del cuerpo. Es algo lamentable, sin duda alguna, porque el ser humano no echa raíces como los árboles. Se mueve y, por consiguiente, puede cambiar de un entorno a otro. Sin embargo, estos cambios son superficiales. El medio ambiente básico del planeta sigue manteniéndose constante, y si el ser humano abandona el planeta, deberá hacerlo en una versión enlatada de su entorno planetario.

En realidad no somos conscientes de esta relación. Pensándolo bien, sí que advertimos que efectivamente necesitamos ese medio ambiente, pero por lo general no nos da esa impresión. Es decir, no tenemos la sensación vivida de pertenecer a un entorno con la misma intensidad que creemos ser un ego metido en un saco de piel situado a medio camino entre las orejas y la parte posterior de los ojos. Considerando que así es como experimentamos el ego, cuando, en realidad, no es esa la forma en que existimos, llamo al «yo» una alucinación. En la actualidad, arrastramos las desastrosas consecuencias de ese ego que, al entender común del si-

glo XIX, es un puro azar de la naturaleza. El yo siente que si no lucha contra la naturaleza, no podrá mantener su condición de ser azaroso e inteligente. Esa es la razón por la que los genetistas y muchos otros especialistas sostienen que el hombre debe tomar las riendas de su evolución. No puede ya confiar en los tortuosos, fortuitos e ininteligibles procesos de la naturaleza para desarrollarse; debe intervenir con su propia inteligencia y formar personas aptas para las futuras sociedades humanas mediante alteraciones genéticas. Admito que esto es un tremendo error, porque la inteligencia humana tiene una profunda limitación. Es un sistema de escaneado de la atención consciente que es lineal y, por lo tanto, analiza el mundo en líneas, como si pasáramos el haz de luz de una linterna o una luz direccional por una habitación. La causa de que la educación sea tan larga es que hemos de escanear miles de líneas de texto impreso, porque es lo considerado información esencial. Sin embargo, el universo no accede a nosotros en líneas. Al contrario, nos sobreviene en un continuo multidimensional en el que todo sucede a la vez, en todas partes y en el mismo momento, y nos llega demasiado rápido para traducirlo en líneas de texto o en cualquier otra clase de información, por muy deprisa que lo escaneemos. Esta es nuestra limitación en lo que concierne a la vida intelectual y científica. Aunque el ordenador dispare la velocidad del escaneado lineal, seguirá siendo un escaneado lineal.

Mientras sigamos anclados en esa forma lineal de sabiduría, tan solo podremos ocuparnos de unas cuantas variables a la vez. ¿Qué quiero decir con todo esto? Una variable es cualquier proceso lineal. Pongamos por caso la música. Cuando tocan una fuga de Bach, que consta de cuatro partes, tenemos cuatro variables. Cuatro líneas en movimiento que podemos controlar con dos manos. Si, además, el orga-

nista utiliza los pies, introduce dos variables más, con lo que ya tenemos seis. Sabrán, en el caso de que hayan intentado tocar el órgano en alguna ocasión, que es muy difícil efectuar seis movimientos independientes a la vez. Una persona normal es incapaz de hacerlo sin la debida práctica. De hecho, esa misma persona no puede habérselas con más de tres variables al unísono sin la ayuda de un lápiz.

Cuando estudiamos física, tratamos con procesos en los que actúan millones de variables. No obstante, solucionamos el problema con las estadísticas, del mismo modo en que las compañías de seguros utilizan tablas actuariales para predecir la edad de fallecimiento más común. Ahora bien, aunque la media de edad sea sesenta y cinco, esta cifra no se aplica a ningún individuo en concreto. Los individuos vivirán hasta la edad que les toque, y los límites individuales de la edad al fallecer pueden llegar a ser muy amplios. De todos modos, no hay problema, porque la apuesta al sesenta y cinco funciona en el juego a gran escala. De un modo parecido, el físico puede predecir el comportamiento de las ondas electromagnéticas. Los problemas prácticos de la vida humana, sin embargo, comportan cientos de miles de variables. Los métodos estadísticos resultan muy pobres en este ámbito, y alcanzar conclusiones precisas con métodos lineales es una tarea imposible.

Con un equipo tan limitado nos proponemos interferir en nuestros genes, y con esos avíos intentamos solucionar los problemas políticos, económicos y sociales. Como es natural, la sensación de frustración es absoluta, y terminamos preguntándonos qué cabría hacer al respecto. Desconocemos de qué manera acercamos al cerebro; y es una pena, porque este maneja una cantidad enorme de variables a las que la atención consciente no puede acceder. El cerebro y todo el sistema nervioso se encargan de la química de la

sangre, de las secreciones glandulares y del comportamiento de millones de células. Lo hace sin pensarlo: sin traducir los procesos responde con palabras, símbolos o números cuidadosamente seleccionados. Al utilizar la palabra «pensarlo», me refiero a ese proceso de traducir lo que sucede en la naturaleza en palabras, símbolos o números. Queda claro que tanto las palabras como los números son clases de símbolos, que guardan la misma relación con el mundo real como el dinero lo hace con la riqueza. No podemos calmar la sed del prójimo con la palabra «agua», y tampoco podemos alimentarnos comiendo un billete de un dólar. Sin embargo, escanear y utilizar los símbolos y la inteligencia consciente ha demostrado sernos de una gran utilidad. Nos ha proporcionado la tecnología que poseemos, pero, al mismo tiempo, ha demostrado también sus inconvenientes. Ha llegado a fascinarnos tanto que confundimos el mundo tal como es con el mundo tal y como lo concebimos e imaginamos: el mundo descrito. Las diferencias entre ambos conceptos son marcadas, y cuando no tenemos conciencia de nosotros mismos salvo de manera simbólica, no estamos en relación con nosotros mismos; por esa razón, nos sentimos psicológicamente frustrados.

De esta manera volvemos a la cuestión de qué entendemos por «yo». En primer lugar, es obvio que es el símbolo de nosotros mismos; y nosotros, en este caso, somos todo el organismo psicofísico, consciente e inconsciente, más su entorno. Este es nuestro auténtico yo. En otras palabras, el yo auténtico es el universo centrado en nuestro organismo: ¡eso es lo que somos! Déjenme aclarar un poco más este punto. Lo que hacemos también es un acto del entorno. Nuestro comportamiento es de él, y a la inversa: el comportamiento del entorno también es el de nosotros. Es algo mutuo. Podríamos decir que es transaccional. No somos mario-

netas manipuladas por el entorno, ni este es un títere que podamos dirigir a voluntad. Ambos van juntos, actúan al unísono: del mismo modo, por ejemplo, en que un extremo de una rueda sube mientras el otro baja. Cuando giramos el volante de un coche, ¿lo empujamos o tiramos de él? Hacemos las dos cosas, ¿no? Cuando tiramos de él hacia un lado, lo estamos empujando hacia el otro. Es lo mismo; y de la misma manera, existe un tira y afloja entre el organismo y el entorno.

En muy raras ocasiones somos conscientes de ello: solo en las sorprendentes alteraciones de la conciencia que llamamos experiencias místicas de la conciencia cósmica, cuando un individuo siente que todo lo que ocurre es resultado de sus actos; o bien todo lo contrario, el sujeto no hace nada, y, sin embargo, todos sus actos y decisiones son producto de la naturaleza. Podemos sentirlo de las dos maneras, y describirlo de estas dos maneras completamente distintas, pero estaremos hablando de la misma experiencia. Hablamos de experimentar la propia actividad y la actividad de la naturaleza como un proceso único; y podemos describirlo como si fuéramos omnipotentes, como dios, o desde un punto de vista completamente determinista en el que nosotros apenas existiéramos. Recordemos, no obstante, que ambas concepciones son correctas; y ya veremos adónde nos conduce esta teoría.

No es así como nos sentimos habitualmente, ya se sabe. Al contrario, sentimos que nos identificamos con la idea de nosotros mismos (con la imagen de nosotros mismos, diría más bien). Eso es la persona, el ego. Representamos un papel y nos identificamos con él. Yo represento un papel llamado Alan Watts y sé que es un gran papel, porque aunque también sé representar otros si es necesario, encuentro que este es el mejor para ganarme la vida. Les aseguro, sin em-

bargo, que es una máscara que no me tomo en serio. La idea de ser una especie de *gurú* o salvador del mundo me pone enfermo, porque me conozco. Por otro lado, es muy difícil ser un santo en el sentido convencional del término.

Sé perfectamente que no soy así, pero a la mayoría nos enseñan a pensar que somos aquel que responde por nuestro nombre. Cuando de pequeños aprendemos a representar un papel, contamos con la aprobación de nuestros padres y compañeros. De esta manera ellos saben quiénes somos. Somos predecibles y, por lo tanto, fáciles de controlar. Sin embargo, cuando actuamos sin respetar nuestro papel e imitamos la conducta de algún otro niño, nos acusan de no ser sinceros: «Juan, estás actuando como Pedro y no como tú lo harías». Aprendemos, por consiguiente, a seguir siendo Juan en lugar de Pedro. No obstante, no somos ninguno de los dos, porque ellos solo son imágenes de nosotros mismos. Son parte de nosotros en la misma medida en que podemos penetrar en nuestra atención consciente: de un modo insignificante.

La imagen que poseemos de nosotros mismos no contiene información alguna sobre cómo estructuramos el sistema nervioso o la circulación sanguínea. Posee algunos datos, en cambio, sobre la sutil influencia de la sociedad en nuestro comportamiento, aunque no incluye los supuestos básicos de nuestra cultura por considerarlos obvios e inconscientes. Solo podemos convertirlos en conscientes estudiando otras culturas distintas cuyos supuestos básicos se diferencien de los nuestros. La imagen que tenemos de nosotros mismos incluye una gran variedad de fantasías de las que no somos conscientes en absoluto; por ejemplo, pensar que el tiempo es real y que existe algo llamado pasado cuando, en realidad, es una pura conjetura. Sin embargo, todo esto permanece en nuestro interior de manera inconsciente, y no per-

tenece a la imagen que tenemos de nosotros mismos, así como esta tampoco incluye información alguna sobre nuestras inseparables relaciones con el universo natural. En resumen, es una imagen muy empobrecida.

Si le preguntan ustedes a alguien: «¿Qué hiciste ayer?», esa persona les dará una pormenorizada relación de un cierto número de acontecimientos en los que participó y muchas otras cosas que vio, utilizó o le afectaron. Esta narración, como observarán, excluye gran parte de lo ocurrido. Si intento describir lo que me ha sucedido esta tarde, jamás podré hacerlo porque hay tanta gente aquí que si tuviera que hablar de todos tal y como les estoy viendo, lo que llevan puesto, el color de su pelo y las expresiones de sus rostros, tendría que estar hablando hasta el día del Juicio Final. Así pues, en lugar de recrearme en esta rica experiencia física, que, ciertamente, es muy rica, tendré que mitigarla en la memoria, limitar mi descripción y decir: «Conocí a mucha gente en Filadelfia. Hombres y mujeres, jóvenes la mayoría, aunque había algunas personas mayores». Ahora bien, este es un relato definitivamente pobre de lo que sucedió. Por consiguiente, al pensar en nosotros de esta manera (en términos de esta mala y endeble relación de los hechos del pasado inmediato), lo único que obtengo es una caricatura de mí mismo. Es cierto que una caricatura tampoco nos da un retrato fiel de la persona, pero sí que destaca ciertos rasgos notables que los demás pueden reconocer. Es una especie de esqueleto, y así es como nos concebimos, como un puñado de esqueletos en los que ya no queda carne, sino tan solo montones de huesos.

No es sorprendente que nos sintamos incómodos. Todos buscamos en el futuro algo que nos revele la panacea al final del camino. Esperamos que lo venidero (aunque lejano) sea mejor y nos descubra el acontecimiento divino y remoto

hacia el cual tiende toda la creación. Por consiguiente, cuando decimos que algo no está bien, queremos decir que no tiene futuro. Yo diría, en cambio, que no tiene presente. Decir, como hacemos todos, —no tiene futuro—, es absolutamente ridículo.

La consecuencia que se desprende es que padecemos un hambre física y, por lo tanto, siempre nos hallamos en pos de algo. Esta búsqueda confusa es universal porque no sabemos lo que queremos. En el fondo nadie sabe lo que quiere. Pensamos en lo que deseamos en vagos términos de placer, dinero, riqueza, amor, realización o desarrollo personal. Sin embargo, no sabemos qué queremos decir con ello.

Si a alguien se le ocurre sentarse a escribir un ensayo de veinte páginas sobre su idea del cielo, no cabe duda de que el resultado dejará mucho que desear. Es lo que se hacía en el arte medieval, donde encontramos representaciones del cielo y el infierno. El infierno siempre es mucho mejor que el cielo, y, aunque carece de comodidades, es una orgía sadomasoquista. Hay una gran animación en el infierno, mientras que en el cielo, los santos aparecen sentados con aires de suficiencia, como si estuvieran en la iglesia. Por debajo se ven los rostros de las multitudes que se han salvado y que el artista dibujó de modo más esquemático. Recuerdan a las calles adoquinadas.

Lo que ha sucedido es que hemos educado la mirada para que capte una ilusión. Es una mera imagen que, en absoluto, se identifica con nosotros, así como dios tampoco puede confundirse con un ídolo. Sin embargo, afirmamos: «No es posible, porque yo siento que existo en realidad. No es solo una imaginación mía. Es una sensación; yo me siento». No obstante, ¿qué sensación tenemos cuando sentimos el yo? Se lo diré en unos instantes. ¿Cuál es la diferencia entre mirar algo y observarlo con suma atención, entre oír y escu-

char intensamente? ¿Qué diferencia existe entre esperar a que las cosas ocurran y sufrirlas? La diferencia estriba en que cuando prestamos atención, en lugar de mirar, tan solo forzamos el gesto de la cara. Fruncimos el ceño y miramos fijamente en una actividad muscular inútil. Cuando escuchamos atentamente, empezamos a tensionar el rostro y terminamos apretando los dientes o cerrando los puños. Cuando estamos sufriendo, intentamos recobrar la compostura sentándonos bien derechos. Aguantamos la respiración. Hacemos toda clase de movimientos musculares para controlar el funcionamiento del sistema nervioso sin que sirvan para producir el efecto deseado. Cuando miramos fijamente algo, en lugar de apreciarlo con claridad, lo vemos borroso. Si escuchamos con atención concentrándonos en los músculos del oído, puede que nos distraigamos y no consigamos oír bien. Si tensamos el cuerpo para calmarnos, lo único que conseguimos es contracturamos.

Recuerdo que en la escuela me sentaba junto a un niño que tenía grandes dificultades para aprender a leer. Los maestros siempre dicen: «Inténtalo. Si no puedes hacerlo, debes intentarlo». El chico, por lo tanto, lo intentaba, y cuando se esforzaba para que le salieran las palabras, gruñía y gemía como si estuviera levantando pesas. Al profesor le impresionaron mucho los sinceros intentos del alumno, y le puso un notable por ello; sin embargo, lo único que hacía el muchacho era luchar desesperadamente. Todos hacemos este esfuerzo muscular creyendo obtener los resultados psicológicos deseados. No obstante, es como si quisiéramos despegar en un avión y tras haber recorrido más de un kilómetro por la pista sin movernos del suelo, empezáramos a ponernos nerviosos y a tirar del cinturón de seguridad. Es un síntoma del sentimiento crónico que siempre nos acompaña y que corresponde a la palabra «yo».

Cuando nos vemos como un «yo», sentimos esa tensión crónica. De un modo parecido, cuando un órgano funciona bien, no lo sentimos. Si vemos nuestros ojos, quizá es porque tenemos cataratas. Si oímos los oídos, es que los silbidos se interponen al sentido. Cuando todo nos funciona bien, no somos conscientes del cuerpo. Cuando pensamos con claridad, el cerebro no se cruza en nuestro camino. Por supuesto los ojos ven en el sentido de que todo lo que percibimos delante de nosotros es gracias a los nervios ópticos situados en la parte posterior del cráneo. Ahí es donde tomamos conciencia de todo esto, pero sin percibir el ojo como ojo propiamente dicho, el ojo óptico. Cuando tomamos conciencia del ego como el «yo», sentimos una tensión interior crónica que no forma parte de nosotros. Solo es una tensión inútil; y entonces nos preguntamos por qué el yo no puede hacer nada, por qué se siente impotente ante todos los problemas del mundo y no consigue transformar a ese mismo yo. Este es el verdadero problema, porque siempre andamos diciéndonos que deberíamos ser distintos. Sin embargo, yo no voy a decirles eso porque sé que es algo imposible, para ustedes y para mí también. Aunque la situación parezca algo deprimente, les demostraré que no lo es. En realidad es muy alentadora. Todas aquellas personas sensibles y conscientes de sus propios problemas, así como de los problemas de la humanidad, intentan cambiar. Sabemos que el mundo no cambiará si nosotros no lo hacemos primero. Si todos los individuos somos egoístas, la colectividad será egoísta. Según dice la Biblia, «Amarás a Yahveh, tu Dios, y amarás al prójimo como a ti mismo». Todos estamos de acuerdo en que debemos amar, pero no lo hacemos, y eso es algo terrible cuando entramos en el reino superior del desarrollo espiritual.

En la actualidad estamos muy interesados en el desarrollo espiritual, y eso es algo encomiable, porque todos deseamos cambiar nuestra conciencia. Hay quienes están seguros de que esta conciencia egocéntrica es una alucinación, y consideran que el cambiarla es tarea de la religión. A fin de cuentas, es lo que hacen los budistas Zen y todos los *yoguis* de Oriente: cambian el estado de su conciencia para conseguir algo llamado *satori*, experiencia mística, *nirvana* o *moksha*.

Todos muestran un gran entusiasmo ante la experiencia espiritual definitiva, y eso no se consigue en la iglesia. Cada vez que han existido místicos cristianos, la iglesia siempre se ha mostrado muy prudente al respecto. En la iglesia convencional solo se habla: no existe la meditación ni la disciplina espiritual. No se cansan de decirle a Dios lo que debe hacer, como si Él no lo supiera; y luego le dicen a los demás lo que deben hacer a su vez, como si estos pudieran o quisieran obedecer. Entonan cánticos religiosos infantiles y, para terminar de arreglarlo, la iglesia católico-romana (cuyos servicios al menos eran ininteligibles y evocadores de profundos misterios e inconmensurables afanes) ha logrado traducir las misas a las distintas lenguas vernáculas con un pésimo estilo. La iglesia prohibió el incienso y, en esencia, se convirtió en un hatajo de protestantes, ahora ni los católicos se salvan. En palabras de Clare Boothe Luce, «Ya no es posible orar de manera contemplativa durante la misa». Se nos aconseja, exhorta y edifica continuamente, y eso es pesadísimo. Piensen en Dios escuchando todas esas oraciones. Charlas sobre las ofensas al Espíritu Santo. Francamente es horrible; la gente no tiene ninguna consideración con Dios.

Sin embargo, al dedicamos al ejercicio de disciplinas espirituales como el *yoga*, el Zen y la psicoterapia, surge una dificultad: deseamos encontrar un método con el que poder transformar la conciencia y mejorar como personas. Ahora

bien, el yo que necesita mejorar es el mismo que acomete el intento de mejora, y, por consiguiente, terminamos atados de pies y manos. Descubro, entonces, que la razón por la que pienso que creo en Dios es que espero que, de algún modo, Dios me salve. En otras palabras, deseo agarrarme a mi propia existencia, pero como me siento demasiado débil para hacerlo yo solo, confío en que haya un Dios que se ocupe de mí. Podría pensar, por otro lado, que si al menos fuera capaz de amar, mejoraría la opinión que tengo sobre mí mismo. Podría enfrentarme a mí mismo si amara más. Es decir, como por arte de magia, el yo carente de amor debe convertirse en un yo que ame. Es como intentar elevamos del suelo tirando de la lengüeta de nuestras botas; es imposible. Esta es la razón de que, en la práctica, la religión sea la causa principal de la aparición de la hipocresía y la culpa, debido al constante fracaso de estas empresas.

La gente estudia Zen y afirma que liberarse del propio ego es una tarea suprahumana. Les aseguro que es muy, pero que muy difícil liberarse del propio ego. Hay que permanecer sentado durante interminables horas hasta que las piernas te duelen. Es muy duro, y todos los que estáis pensando en libraros de vuestro ego con unas nociones de *yoga* no sabéis dónde os metéis. El viaje al ego por excelencia consiste en librarse de él. Lo gracioso del tema es que el ego no existe; y no hay nada de que librarse. Es una ilusión, como ya intenté explicar, y, sin embargo, ustedes siguen preguntando cómo eliminarla. No obstante, ¿quién lo pregunta? En el sentido ordinario de la palabra «yo», ¿cómo puedo dejar de identificarme con el yo equivocado? La respuesta es que, sencillamente, no se puede.

Los cristianos lo reconocen diciendo que la experiencia mística es un don de la gracia divina. El hombre, como tal, no puede alcanzar esta experiencia; es un regalo de Dios, y

si Él no nos lo concede, no hay modo de obtenerla. Eso es una verdad como un templo, puesto que no podemos hacer nada al respecto porque no existimos. Dirán quizá que las perspectivas son muy deprimentes pero, en realidad, no es así. Es una noticia fantástica. Hay un poema Zen que habla del «ello» refiriéndose a la experiencia mística, *satori*, la toma de conciencia de que somos, como Jesús, la energía eterna del universo. El poema dice, «No puedes aferrarte a ello, ni tampoco librarte. Lo consigues al no lograr obtenerlo. Cuando hablas, queda en silencio; cuando callas, se pronuncia».

Esta frase («Lo consigues al no lograr obtenerlo») es el sentimiento que Krishnamurti intenta transmitir cuando dice: «¿Por qué pedís un método? No existe ningún método. Los métodos son simples estrategias para fortalecer el ego». ¿Cómo no pediremos ningún método?, diremos, y él nos contestará: «Pidiendo el método que seguís pidiendo». No existe método alguno. Si en realidad entienden ustedes lo que es el yo, observarán que no hay método. Aunque consideremos que es muy triste, no lo es. Es el evangelio, la buena nueva, porque si no podemos lograrlo, si no podemos transformarnos, eso significa que el principal obstáculo para acceder a la visión mística ha cedido. Ese obstáculo éramos nosotros mismos. ¿Qué sucederá ahora? Ya hemos agotado todo nuestro ingenio. ¿Qué vamos a hacer?, ¿suicidarnos?

Dejemos el tema por un momento y veamos lo que ocurre. No podemos controlar los pensamientos y tampoco los sentimientos, porque no hay quien los controle. Somos nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, y estos siempre van de la mano, siempre. Deténganse y obsérvenlos. Están ahí. Siguen ustedes respirando, ¿verdad? El pelo les va creciendo, y siguen viendo y oyendo. ¿Lo hacen ustedes? ¿Acaso respiran voluntariamente, ven voluntariamen-

te? ¿Organizan las acciones de los ojos y saben con exactitud cómo hacer funcionar esos bastoncillos y conos de la retina? ¿Lo hacen ustedes? Es algo que sucede, y es un suceso. La respiración sucede. El pensamiento sucede. El sentimiento sucede. El oído, la vista, las nubes suceden en el cielo. El cielo resulta ser azul; el sol resulta que brilla. Eso es todo: todo sucede.

¿Desean que les presente? Este es usted mismo y este, la imagen de quien es usted en realidad y la manera que tiene de funcionar. Usted funciona por sucesos; es decir, por acontecimientos espontáneos. Sin embargo, no advierte esta situación; y yo no puedo de ninguna manera darle un sermón, porque en el momento en que usted empiece a pensar: «Tengo que entenderlo», vuelve a aparecer el estúpido concepto que comporta el «yo», cuando no hay un «tú» que lo origine. Por eso no doy sermones. Los sermones son para los egos. Yo lo único que puedo hacer es hablar de lo que es. Me divierte mucho hablar de lo que es porque es algo maravilloso. Me encanta, y, por lo tanto, me gusta hablar de ello. Si me pagan por hacerlo es porque la gente sensata cobra por hacer aquello que más le gusta. Mi propuesta genérica es no convertirlos a ustedes, ni transformarlos, ni siquiera mejorarlos, sino que sean ustedes mismos los que descubran que si supieran cómo son en realidad, nada sería tan demencial. Sin embargo, son incapaces de hacerlo. No pueden descubrirlo porque mientras piensen «yo» soy «yo», mientras esa alucinación les bloquee, seguirán su camino. La ilusión solo desaparece al percatamos de su inutilidad, cuando al fin vemos que no podemos transformarnos.

Muchos profesores de *yoga* intentan conseguir que controlemos la mente, más que nada para demostrarnos que no podemos. «El loco que persiste en su locura se vuelve sabio», —dicen—, y entonces atizan la locura. Al principio lo-

gramos un cierto éxito superficial mediante un proceso llamado por lo general autohipnosis, y pensamos que estamos haciendo progresos. Un profesor bueno dejará que sigamos así durante un tiempo para luego dejamos profundamente desconcertados con la pregunta: «¿Por qué te estás concentrando?».

El budismo funciona de una manera muy parecida. El Buda dijo: «Si sufrís, es porque deseáis, y los deseos son inalcanzables, o bien resultan siempre insatisfechos. Eliminad pues el deseo». Sus alumnos se marcharon y rechazaron de plano el deseo, se abalanzaron sobre él, le cortaron el cuello y lo expulsaron de sus vidas. Cuando volvieron, el Buda les dijo: «Seguís deseando no desear»; y ellos se preguntaron cómo podrían librarse de ese deseo. Cuando vemos que todo esto es absurdo, de manera natural sobreviene el silencio. Al ver que no podemos controlar la mente, nos damos cuenta de que no existe alguien que la controle. Lo que creíamos que era el pensador de los pensamientos solo es otro pensamiento más. Lo que identificábamos con el origen de los sentimientos solo es otro sentimiento más. Lo que considerábamos el punto de partida de toda experiencia solo era una parte de esa misma experiencia.

No existe un pensador de pensamientos, ni un sujeto que sienta sentimientos. Nos liamos porque el lenguaje posee una regla gramatical que afirma que los verbos deben tener sujetos. Lo curioso del caso es que los verbos son procesos, al igual que los sujetos y los nombres, que, además, son cosas. ¿Cómo puede un nombre empezar un verbo?, ¿cómo puede una cosa poner en funcionamiento un proceso? Es obvio que eso es algo imposible, aunque siempre estamos insistiendo en que existe este sujeto llamado el cognoscente, y sin cognoscente no puede haber conocimiento. No obstante, eso solo es una regla gramatical, no una norma de la

naturaleza. En la naturaleza solo existe el conocimiento. Si afirmamos que sentimos, es como si de alguna manera fuéramos distintos del sentimiento. Cuando digo —yo siento—, lo que quiero decir es que aquí hay un sentimiento; y cuando afirmo —tú sientes—, lo que quiero decir es que aquí existe un sentimiento.

3. JESÚS: ¿SU RELIGIÓN O UNA RELIGIÓN SOBRE ÉL?

Hace algunos años estaba dando una charla por televisión cuando uno de los locutores se me acercó y me dijo: «Si creemos que un Dios inteligente y caritativo está a cargo de este universo, ¿no cree usted que Él nos habría dotado de una infalible guía de conducta que nos iluminara sobre la verdad del universo?». Me di cuenta de que se refería a la Biblia y, por lo tanto, le contesté: «No. No lo creo en absoluto, porque no pienso que un Dios rebosante de amor hiciera algo que destruyera los cerebros de sus hijos». Si poseyéramos una guía infalible, jamás pensaríamos por nosotros mismos y nuestras mentes se atrofiarían. Es como si mi abuelo me hubiera dejado un millón de dólares, y me alegro mucho de que no lo hiciera. Por consiguiente, hemos de empezar cualquier argumentación sobre el significado de la vida y las enseñanzas de Jesús con la mirada puesta en esta espinosa cuestión de la autoridad, y, en especial, la autoridad de las Sagradas Escrituras.

En este país, en particular, hay muchísima gente que parece creer que la Biblia descendió del cielo de la mano de un ángel en el año 1611, cuando la Biblia de Jacobo I o, por decirlo con mayor propiedad, la versión autorizada de la Biblia, se tradujo al inglés. Tuve un tío medio loco que creía en el significado literal de cada una de sus palabras, incluyendo las notas marginales. Todos los datos contenidos en

ellas (por ejemplo, que el mundo fue creado en 4004 a. de C.) los consideraba palabra de Dios. Un día estaba leyendo un pasaje de los Proverbios y encontró una palabrota, y nunca más volvió a leer la Biblia. ¿Hasta dónde es posible ser protestante?

La cuestión de la autoridad debe entenderse bien porque no voy a basar mi discurso en nada que no sea la autoridad, como tal, de la historia. Sin duda es una autoridad bastante incierta, pero tal como yo lo veo, en general hemos de considerar los cuatro evangelios como documentos históricos. Incluyendo los milagros, ya que al estar profundamente influenciado por el budismo, para mí los milagros no son nada del otro mundo. Las historias milagrosas abundan en la tradición asiática (hinduista, budista, taoísta, etc.), pero nos las tomamos con calma y no las interpretamos como signos de otras realidades, sino como una manifestación de las fuerzas psíquicas. Es obvio que en Occidente hemos realizado logros de una naturaleza sorprendente gracias a la tecnología científica. Podríamos volar el planeta entero, cosa que, por cierto, ni siquiera los magos tibetanos pretenden. En el fondo estoy un poco asustado del creciente interés que despiertan las fuerzas psíquicas, a las que denomino psicotécnica. Nos hemos cargado tantas cosas con la técnica ordinaria que solo el cielo sabe lo que podríamos hacer si dominásemos la psicotécnica y empezáramos a resucitar a la gente de entre los muertos, prolongar la vida hasta extremos insufribles y hacer lo que nos viniera en gana.

Por lo general, la idea de los milagros se reduce a lo siguiente: imagínense que ustedes son dios y pueden tener todo lo que deseen. Al cabo de un tiempo, dirían: «Esto es muy aburrido, porque ya sé lo que va a ocurrir antes de que suceda». Desearían, por lo tanto, una sorpresa; y se convertirían en los seres humanos que esta noche se han reunido

en esta iglesia. Creo probable la posibilidad de la existencia de los milagros. A mí no me incomodan y, de hecho, si leen los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, esos grandes teólogos como San Clemente, Gregorio de Nisa, san Juan Damasceno e incluso santo Tomás de Aquino, verán que no les interesaba la historicidad de la Biblia. Daban por supuesta la existencia de los milagros y se olvidaban del asunto. Les interesaba un sentido más profundo. Por esa razón vieron en la historia de Jonás y la ballena una prefiguración de la resurrección de Cristo. Incluso respecto a la resurrección de Cristo, no les preocupaba la química o la física de un cuerpo resucitado. Les interesaba el hecho de que la idea de la resurrección de la carne dijera algo en favor del significado del cuerpo físico a los ojos de Dios. Descubrieron, en otras palabras, que el cuerpo físico no es algo carente de valor y falto de espiritualidad, sino objeto del amor divino. Así pues, no voy a ocuparme de si ocurren o no los sucesos milagrosos. Me parece completamente fuera de lugar.

Considero que los cuatro evangelios, incluido el Evangelio según san Juan, son documentos históricos tan válidos, en general como cualquier otro de ese mismo período; y eso es relevante. Estuvo de moda considerar este evangelio como un manuscrito tardío. A principios de siglo los especialistas más destacados del Nuevo Testamento atribuyeron el Evangelio según san Juan al año 125 d. de C., y la razón es muy simple. Esas autoridades en la materia dieron por sentado que las enseñanzas básicas de Jesús no podían incluir una teología mística complicada; y, entonces, concluyeron diciendo que debía de proceder de una época posterior. Sin embargo, de hecho, en el texto del Evangelio según san Juan, la topografía de Jerusalén y las referencias al calendario judío son más específicas que las de los otros tres libros, el de Mateo, el de Marcos y el de Lucas. Me parece del todo

plausible aceptar entonces que Juan recogiera las enseñanzas internas que Jesús dio a sus discípulos y que Mateo, Marcos y Lucas reflejaran las enseñanzas más exotéricas que daba a la gente en general.

Ahora bien, ¿qué ocurre con la autoridad que inspira estas escrituras? Muchos son los que desconocen por qué medios obtuvimos la Biblia. En Occidente nos la legó la Iglesia católica. Esta iglesia y sus miembros escribieron los libros del Nuevo Testamento, y sustituyeron con ellos los libros del Antiguo Testamento. Por consiguiente, fue la Iglesia católica la que promulgó la Biblia y afirmó: «Os otorgamos estas escrituras basándonos en nuestra autoridad, y en la de la tradición informal que nos asiste desde el principio, inspirada en el Espíritu Santo». Es decir, históricamente recibimos la Biblia con el visto bueno de la Iglesia.

La Iglesia católica, por lo tanto, afirma que al hablar de modo colectivo, amparada por la presunta guía del Espíritu Santo, tiene autoridad para interpretar la Biblia, tanto si nos gusta como si no. En primer lugar, es obvio que la autoridad de la Biblia no se basa en la Biblia misma. Yo puedo escribir una biblia y afirmar en ella que es la misma palabra de Dios la que me ha inspirado, y ustedes tienen la libertad de creerme o no. Los hinduistas creen que los Vedas fueron revelados por la divinidad, y los inspira el mismo fervor que a cristianos o judíos. Los musulmanes creen que el Corán posee un origen divino, y ciertos budistas creen que los *sufras* también tienen un origen divino o, por decirlo mejor, budista. Por otro lado, los japoneses atribuyen el mismo origen divino a los textos antiguos de Shinto. ¿Cómo juzgar quién tiene razón? Si vamos a discutir por saber cuál es la versión más acertada de la verdad, siempre terminaremos en una disputa donde juez y abogado son la misma persona; situación que nadie desearía para sí en el caso de tener que ir a

juicio. Si yo digo que para mí Jesús es el ser más grande que ha habido jamás sobre la faz de la tierra, ¿en qué me baso para afirmarlo? Sin duda en mi código moral, el que me ha otorgado la cultura cristiana en la que me han educado. Nadie es imparcial para decidirse entre todas las religiones porque a todos, de un modo u otro, nos influye alguna de ellas. Por lo tanto, si la Iglesia dice que la Biblia es verdadera, eso acaba repercutiendo en nosotros. ¿Creeremos entonces en la iglesia o no? Si nadie cree en ella, parece lógico decir que esta carece de autoridad, porque la gente siempre es la fuente de autoridad. En este sentido debemos interpretar las palabras de Tocqueville cuando dijo que la gente obtiene el gobierno que merece.

También puede decirse, «Dios mismo detenta la autoridad». De acuerdo, pero ¿cómo demostrarlo? Eso es solo una opinión. «Espera y verás. Llegará el Día del Juicio Final y entonces descubrirás quién es la autoridad». Sí, pero por el momento no hay prueba alguna que demuestre la existencia de dicho día. Sigue siendo tan solo una opinión el hecho de que el Día del Juicio Final se esté acercando. No contamos con nada más, salvo con la opinión de los demás, que, por otro lado, compramos. Para ser sincero, no estoy negando a nadie el derecho de sostener tales afirmaciones. Quizá ustedes crean a ciencia cierta en la literalidad de la Biblia y en que, en realidad, Dios la dictó a Moisés, los profetas y los apóstoles. Si así lo creen, están en su perfecto derecho.

Sin embargo, yo no coincido con ustedes. Yo creo, por otro lado, que en cierto sentido la Biblia goza de inspiración divina. Ahora bien, entiendo por inspiración algo radicalmente distinto a lo que sería recibir un mensaje dictado por una autoridad omnisciente. Creo más bien que la inspiración raras veces se manifiesta en palabras. De hecho, me ha sorprendido mucho lo pobres que son la mayor parte de los

términos procedentes de la escritura automática que aparecen en los textos de orden parapsicológico. Cuando los videntes escriben acerca de los misterios más profundos, en lugar de decirnos qué enfermedad tenemos o quién fue nuestra abuela, se vuelven superficiales. La filosofía transmitida de manera parapsicológica nunca es tan interesante como la reflexión filosófica detallada.

Cabe decir que la inspiración divina no es esta clase de comunicación verbal o parapsicológica. Un ejemplo de este tipo de inspiración es la sensación de que, por razones que no podemos entender, amamos a los demás. La inspiración divina es sabiduría, algo muy difícil de expresar en palabras. Es una experiencia mística; y los que escriben a partir de esa experiencia pueden calificarse de inspirados por la divinidad. Quizá la inspiración surja de los sueños, o bien de mensajes arquetípicos del inconsciente colectivo en el que actúa el Espíritu Santo. No obstante, como la inspiración siempre nos llega a través de un vehículo humano, es susceptible de ser distorsionada por ese mismo vehículo. Yo les estoy hablando por medio de un sistema oral, pero si algo le ocurre a este canal, las verdades que pueda manifestarles quedarán falseadas. Mi voz misma se transformará, y ustedes podrían perder el sentido de lo que estoy diciendo. De un modo parecido, los que reciben la inspiración divina la expresan en el lenguaje que conocen; y por lenguaje no solo me refiero al inglés, el latín, el griego, el hebreo o el sánscrito. Hablo del lenguaje como esa clase de conceptos accesibles a nosotros, ya que, sin duda, todos nos expresamos con los conceptos de la religión en la que nos educamos.

Vamos a imaginar que les educaron en un fundamentalismo protestante. Si esos fueran todos sus conocimientos religiosos y vivieran una experiencia mística en la que uno descubre de repente que se identifica con Dios, probablemente

se levantarían y dirían: «Yo soy Jesucristo». Sin embargo, la cultura en la que vivimos no nos permite hacerlo. La gente diría: «No pareces Jesucristo redivivo, porque las Sagradas Escrituras dicen que cuando llegue ese momento, Él descenderá de los cielos acompañado por una legión de ángeles, y eso tú no lo has hecho. Eres el mismo Juan Nadie de toda la vida, solo que ahora nos sales con que eres Jesucristo». A lo que Juan Nadie respondería: «Cuando Jesucristo dijo que era Dios, tampoco nadie le creyó». Ahora bien, Jesús dijo que era Dios porque intentaba expresar lo que le había ocurrido en términos de un lenguaje religioso circunscrito a la Sagrada Biblia. Jamás había leído las *Upanishads*, ni el *Sutra del diamante*, el *Libro tibetano de los muertos*, el *I Ching* o a Lao-tsé. No obstante, si tanto él como la cultura, la sociedad desde la que hablaba, hubieran leído las *Upanishads*, no les habría costado aceptar sus pretensiones divinas. En las ellas se afirma que todos somos encarnaciones de Dios, aunque, por supuesto, el significado varía del que un hebreo atribuye a Dios, incluso no utilizan esa palabra, sino el término «Brahmán». El Brahmán no es personal ni impersonal. Diría que es suprapersonal. El Brahmán no es él, tampoco es ella. No es el creador del mundo (como algo supeditado e inferior al Brahmán), sino el actor del mundo, el que representa todos los papeles. Como le sucede a un actor absorbido por su trabajo, el espíritu divino se implica tanto en su papel que queda embrujado; y todo forma parte del juego: caer bajo el hechizo de creer «Yo soy ese papel».

Cuando somos unos bebés, sabemos quiénes somos, y los psicoanalistas se refieren a eso como sensibilidad oceánica. No termina de gustarles, pero admiten que el bebé no sabe distinguir entre el mundo y el modo en que él o ella actúan en el mundo. Todo forma parte de un mismo proceso, que, por supuesto, es como son las cosas. Sin embargo, pronto se

nos enseña lo que somos nosotros y lo que son las demás cosas. Aprendemos rápido lo que es voluntario y lo que es involuntario, porque pueden castigamos por lo voluntario pero no por lo involuntario. Por consiguiente, olvidamos lo que ya sabíamos al principio. Durante el curso de nuestra vida, si somos afortunados, volveremos a descubrir lo que somos en realidad, que cada cual es lo que en árabe o hebreo se llama el hijo de Dios. La expresión «hijo de» significa «de la naturaleza de», como cuando llamamos a alguien «hijo de puta». Por lo tanto, «hijo de Dios» significa una persona divina, un ser humano de la misma naturaleza de Dios y que, además, lo sabe.

Sostengo u opino que Jesús de Nazaret era un ser humano, como el Buda, Shri Ramakrishna o Ramana Maharsi, los cuales durante los primeros años de sus vidas experimentaron con aguda intensidad lo que llamamos conciencia cósmica. Aclaremos que no es necesario pertenecer a una religión determinada para vivir esta experiencia. Puede sufrirla cualquiera, en cualquier momento, como enamorarse. Es obvio que muchos de los que se encuentran en este edificio deben de haberlo vivido ya en mayor o menor medida. Es un fenómeno muy común, y cuando sucede en carne propia, se sabe con certeza. En ocasiones llega tras una larga práctica de meditación y disciplina espiritual, y en ocasiones nos acomete sin razón aparente. Decimos que es la gracia de Dios, que nos asalta con la abrumadora convicción de haber perdido la identidad. Ya no soy el Alan Watts de siempre (eso era algo completamente superficial), sino que descubro que soy la expresión de algo vago y eterno, un nombre que no puede nombrarse, así como el nombre de Dios era tabú entre los hebreos. Yo soy, y de repente comprendo con exactitud por qué todo es como es. Queda perfectamente claro. Más aún, ya no siento ningún vínculo en-

tre lo que hago y lo que me ocurre. Siento que todo lo que sucede son mis actos, así como también lo es mi respiración. ¿La hacemos funcionar o es algo que nos ocurre? Podemos percibirla de ambas maneras. Lo que existe es ese gran sucederse de las cosas. Si en nuestra cultura tenemos un nombre para ello, diremos que este sucederse es Dios o la voluntad de Dios, o bien los actos de Dios. Si no poseemos tal palabra en nuestro bagaje cultural, podríamos coincidir con los chinos cuando dicen que «es el fluir del Tao». Los hinduistas dirán, en cambio: «Es la *maya* del Brahmán», el poder mágico, la ilusión creativa, el juego.

Podemos hacernos cargo de lo genuinamente inspirada que llega a sentirse la gente a quien le sucede algo así. A menudo les embarga a su vez un sentimiento de intimidad, porque ven lo divino en los ojos de los demás. De viejo, el gran místico hinduista-musulmán Kabir solía mirar a la gente que había a su alrededor y decía: «¿A quién dirigiré mis plegarias?». Veía al amado en todas las miradas. En ocasiones miro a la gente a los ojos y veo a ese mismo amado en la profundidad de esos lagos, y, sin embargo, la expresión del rostro que los alberga me está diciendo: «¿Es a mí?». Lo más curioso es que todos representamos un papel esencial en este magnífico drama cósmico, y, no obstante, la presencia del amado es tan dominante que incluso podemos sentirla en personas que nos disgustan profundamente.

Vamos a suponer entonces que Jesús vivió una experiencia así. Son experiencias de todo tipo, como ya he mencionado, y en su caso pudo haber sido de una especial intensidad. A partir de los testimonios de Jesús, sobre todo los que aparecen en el Evangelio según san Juan, los entendidos en psicología de la religión podrán detectar con facilidad que debió de existir esa experiencia, o algo muy parecido a ella. A pesar de ello, Jesús tenía una limitación, porque no cono-

cía más credos que los del inmediato Oriente Próximo. Quizá sabía algo de religión egipcia, y puede que tuviera nociones de la griega, pero básicamente sus conocimientos eran de religión hebrea.

Las personas que creen que Jesús era Dios dan por sentado su omnisciencia. Sin embargo, en la epístola a los filipenses san Pablo deja bien claro que Jesús renunció a sus poderes divinos para ser hombre.

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte.» Los teólogos lo llaman «kenosis», que significa vaciarse a sí mismo. Es obvio, por lo tanto, que un hombre omnipotente y omnisciente no sería en realidad un hombre.

Aunque adoptemos la muy ortodoxa doctrina católica de la naturaleza divina y a la vez humana de Cristo, deberemos concluir que para que el Dios auténtico se funda en el hombre auténtico, el verdadero Dios debe renunciar voluntariamente y desde ese momento a la omnisciencia; y luego, en la misma medida, también a la omnipotencia y la omnipresencia.

Jesús, tal y como refiere Juan, dijo efectivamente a sus discípulos elegidos: «En verdad, en verdad os digo: antes de que naciese Abraham, Yo soy. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy la resurrección y la vida. Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo. Yo y el Padre somos uno. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto». No hay posibilidad de interpretar mal este lenguaje.

Los judíos descubrieron sus palabras y lo mataron, o mandaron matarlo, por blasfemia. No hay razón, por otro lado, para estar en contra de los judíos, porque eso es algo que siempre se ha hecho. Le ocurrió precisamente a uno de los grandes místicos sufíes de Persia que tuvo la misma experiencia.

¿Qué había ocurrido? Los apóstoles no llegaron a entenderlo. Estaban impresionados por los milagros de Jesús y lo adoraban como la gente adora a los *gurús*; y ya saben a qué extremos se puede llegar. Los cristianos se dijeron: «¡De acuerdo, de acuerdo! Jesús de Nazaret fue el Hijo de Dios, pero ¡ya basta! ¡Nadie más!». Como consecuencia de ello, pusieron a Jesús en un pedestal. Lo colocaron en una posición elevada y segura, para que otros no revivieran sus problemas y su experiencia de conciencia cósmica y se convirtieran en un estorbo. Los que tuvieron esa experiencia y la manifestaron en los tiempos en que la iglesia gozaba de poder político, fueron perseguidos sin excepción. Giordano Bruno fue quemado en la hoguera. Excomulgaron a Juan Escoto Erígena. Condenaron las tesis del Maestro Eckhart, y podríamos citar muchos ejemplos más. Algunos místicos pudieron librarse del castigo, pero solo gracias a que emplearon un lenguaje muy prudente.

Lo que sucede es lo siguiente. Si ponemos a Jesús en un pedestal, abortamos de raíz el evangelio. «Evangelio» significa «buenas nuevas», y por mucho que me esfuerce, no consigo ver cuáles son esas buenas nuevas del evangelio tal y como nos ha sido legado. Allí se nos describe la revelación de Dios en Cristo, en Jesús, y nosotros debemos imitar su vida y su ejemplo sin contar con las ventajas que representa ser el hijo del jefe. Por otro lado, las tradiciones fundamentalistas católica y protestante nos muestran a Jesús como un monstruo que ha nacido de una virgen, sabe que es el Hijo

de Dios y tiene el don de realizar milagros a sabiendas de que es imposible matarle de verdad, porque al final resucitará. A nosotros, en cambio, que no sabemos nada de todo esto, se nos pide que cojamos la cruz y le sigamos. Esto es lo que ocurre: nos entregan un evangelio, que, de hecho, es una religión imposible. Es imposible seguir la senda de Cristo, y muchísimos cristianos lo han admitido. «Soy un mísero pecador. No estoy a la altura del ejemplo de Cristo.» El cristianismo ha institucionalizado la culpa convirtiéndola en virtud. Queda claro que jamás podremos equipararnos a Jesús y que, por consiguiente, siempre seremos conscientes de nuestros defectos. Cuantos más defectos tengamos, más conscientes seremos del vasto abismo que existe entre Cristo y nosotros mismos. Podemos ir a confesarnos, y si nuestro confesor es simpático, cariñoso y comprensivo, no nos regañará. Al contrario, nos dirá: «Hijo mío, sabes que has pecado gravemente, pero debes darte cuenta de que el amor de Dios y de Nuestro Señor es infinito, y por ello él sabrá perdonarte. En señal de agradecimiento, di tres Ave Marías». Podemos sentir remordimientos por haber cometido un asesinato, asaltado un banco y haber fornicado como locos («¡He traicionado a Jesús y ofendido al Espíritu Santo!»), pero también sabemos en el fondo de nuestros corazones que volveremos a hacerlo. No seremos capaces de controlarnos. A medida que fracasemos en el intento, nuestra sensación de culpa irá creciendo; y esto resulta ser el cristianismo para la mayoría de la gente.

Por otro lado, existe otro cristianismo mucho más sutil: el de los teólogos, místicos y filósofos. No se parece ni por asomo a las jaculatorias que lanza Billy Graham desde el púlpito y todos aquellos a los que denomino católicos y protestantes fundamentalistas. ¿Cuál sería el verdadero evangelio? Las auténticas buenas nuevas no serían simplemente

que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, sino que era un poderoso Hijo de Dios que vino para abrirnos los ojos y que viéramos que nosotros también somos poderosos hijos o hijas de Dios. Eso es lo que se desprende del capítulo décimo del Evangelio según san Juan, versículo treinta, donde Jesús dice: «El Padre y yo somos una sola cosa». En esa escena aparecen otras personas que no son sus más íntimos discípulos y que, horrorizadas, vienen cargadas con piedras para lapidarlo. Jesús les dice entonces: «Son muchas las obras buenas que vienen del Padre y os he mostrado. ¿Por cuál de ellas queréis apedrearme?». Ellos le responden: «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios». Citando el salmo octogésimo segundo, Jesús replicó: «¿No está escrito en vuestra Ley "Yo he dicho dioses sois"? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), ¿cómo decís que aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo blasfema por haber dicho: "Yo soy hijo de Dios"?».

Aquí está la madre del cordero. Si han leído la Biblia de Jacobo I (la versión que descendió del cielo con un ángel) verán que las palabras «Hijo de Dios», «el Hijo de Dios» y «Yo soy el Hijo de Dios» están en cursiva. Muchos creen que la tipografía indica un énfasis, y no es así. La cursiva señala las palabras interpoladas por los traductores, y en la versión griega no aparecen. Allí dice «un hijo de Dios». Por eso es lógico pensar que Jesús tiene presente que eso no es algo peculiar a él cuando afirma: «Yo soy el camino. Nadie va al Padre si no es por mí». Estos «Yo soy» y este «mí» es lo divino que hay en nosotros, que en hebreo se llamaría el Señor, Adonai. Los judíos esotéricos, los cabalistas y el hasidismo han hablado mucho del tema.

Esta idea fue reprimiéndose periódicamente a lo largo de la historia de las religiones occidentales, porque todas ellas han adoptado la forma de monarquías celestiales y, por consiguiente, han denostado la democracia en el reino de los cielos. Como resultado de las enseñanzas de los místicos alemanes y flamencos del siglo XV, empezaron a surgir movimientos como los anabaptistas, los hermanos del Espíritu Santo, los niveladores y los cuáqueros. Estos movimientos espirituales llegaron a este país y contribuyeron a fundar una república en lugar de una monarquía. ¿Cómo defender que la república es la mejor forma de gobierno si se piensa que el universo es una monarquía? Es obvio que si Dios se encuentra en la instancia más alta, la monarquía será el mejor de los gobiernos. Hay muchos ciudadanos de esta república que sienten la obligación de creer que el universo es una monarquía, y, por lo tanto, se consideran contrarios a la república. La amenaza del fascismo en este país proviene básicamente de los cristianos blancos y racistas, porque poseen una religión militante que no es la religión de Jesús. Su religión consistía en percatarse de la filiación divina; sin embargo, la religión sobre Jesús le sitúa en un pedestal y afirma que solo este hombre, de entre todos los hijos habidos de mujer, es divino. Este credo habla de sí mismo con el lenguaje de los militantes de la iglesia. Soldados cristianos que avanzan inexorablemente como si se dirigieran a la guerra. Hace gala de la exclusividad más absoluta, convencido, antes incluso de considerar otras doctrinas, de que es el más elevado. Se convierte entonces en una religión monstruosa, y hace de Jesús un monstruo al insistir en la idea de que es un hombre desnaturalizado.

Proclama su carácter único, sin darse cuenta de que sus enseñanzas serían mucho más creíbles si fueran católicas de verdad, es decir, universales; si restableciera las verdades

que perviven desde tiempos inmemoriales y aparecen en todas las grandes culturas del mundo. Imagino que incluso a los protestantes más liberales todavía les quedarán ganas de decir: «Sí, todas estas religiones están muy bien. Sin duda alguna Dios se reveló en el Buda y Lao-tsé, pero estas no son una religión superior». Puede uno ser leal a Jesús, así como se es leal al propio país, pero no estaremos sirviendo a nuestra nación si creemos que necesariamente es la mejor de todas las naciones posibles. Eso es hacerle un flaco favor a nuestro país, porque estamos negándonos a ser críticos allí donde la crítica se impone. Lo mismo le sucede a la religión. Todas las religiones deberían ser autocríticas. De lo contrario, no tardan en degenerar en una hipocresía que afirma su superioridad moral. Cuando aplicamos esta crítica necesaria a la religión sobre Jesús, vemos que él no hablaba desde una posición histórica, extraordinaria y misteriosa, sino con una voz que se une a otras voces de otros lugares y otros tiempos y que dicen al unísono: «Despierta. Despierta y fíjate en quién eres».

No creo que la iglesia vaya a tener una especial relevancia hasta que comprenda las verdaderas enseñanzas de Jesús. No obstante, el protestantismo y el catolicismo populares no dicen nada de la religión mística. El mensaje del pastor, durante los cincuenta y dos domingos del año, es: «Hermanos, sed buenos». Lo hemos oído hasta la saciedad. Quizá dé un sermón ocasional sobre lo que ocurre tras la muerte o sobre la naturaleza de Dios pero, en principio, el sermón será siempre: «Sed buenos». Sin embargo, la verdadera cuestión es cómo vamos a mejorar sin contar con una experiencia religiosa vital, y con ello me refiero a algo mucho más profundo que a emocionarse cantando «Avancemos, soldados cristianos».

El problema de nuestros tejemanejes eclesiásticos es que gestionamos una tienda de parloteo. Rezamos, le decimos a Dios lo que debe hacer o le damos consejo, como si Él no lo supiera. Leemos también las Escrituras. Jesús dijo: «Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna». San Pablo se refirió de manera muy curiosa al «espíritu que da la vida y la letra que la quita». Creo que la Biblia debería quemarse con gran ceremonia y reverencia por Pascua, en la confianza de que jamás volveremos a necesitarla porque el espíritu está en nosotros. Es un libro peligroso, y adorarlo sin duda es una idolatría aún mucho más arriesgada que venerar imágenes de madera y piedra. Nadie en su sano juicio confundiría una imagen de madera con Dios; sin embargo, es muy fácil confundir un cuerpo ideológico con Dios, porque los conceptos son algo más enrarecido y abstracto.

Esta cháchara y estos rezos sin fin que tienen lugar en la iglesia en general no sirven de nada, salvo para avivar una sensación de angustia y culpa. Es imposible amar así. Los ejemplos sobre el modo en que debemos comportarnos inspirados en el sentido común o el castigo no evocan el amor en las personas. Debe ocurrir algo más; pero entonces nos preguntaremos: «¿Y qué podemos hacer al respecto?». ¿Hacer al respecto? ¿Acaso no tenemos fe? Hay que callarse. No obstante, ni siquiera los cuáqueros se callan. Se reúnen para reflexionar. Supongamos, de todos modos, que nos quedamos realmente callados y sin pensar, y permanecemos en un silencio absoluto por siempre jamás. Lo normal será que esta idea nos incomode y afirmemos que con eso tan solo lograremos caer en el vacío. Ahora bien, ¿acaso lo han intentado ustedes alguna vez?

En esos momentos siento que es absolutamente importante que las iglesias dejen de ser tiendas de parloteo. Deben convertirse en centros de contemplación. ¿Qué es la

contemplación? Es lo que hacemos en el templo. No acudimos al templo para charlar, sino para quedarnos quietos y saber que «Yo soy Dios». Esa es la razón, si la religión cristiana, si el evangelio de Cristo significa algo de verdad (en lugar de ser una de las tantas religiones que ya se han olvidado, como, por ejemplo, el mitraísmo), es para que veamos a Cristo como al gran místico, en el sentido auténtico de la palabra. Un místico no es aquel que posee todos los poderes mágicos y entiende los espíritus. Un místico es aquel que percibe su unión con Dios. Esta es lo que considero la cruz y también el mensaje del evangelio. Se encuentra resumida en la oración que Jesús dedicó a sus discípulos y que recogió san Juan: «Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros». Que todos nos percatemos de esta filiación o unicidad divina, esta identidad básica con la energía eterna del universo, el amor que mueve el sol y las estrellas.

4. LA DEMOCRACIA EN EL REINO DE LOS CIELOS

En la actualidad la llamada nueva teología está debatiendo la revolución en el seno del cristianismo clásico. Durante muchos años el clero (el sacerdocio de todas las iglesias, como, por ejemplo, la episcopaliana, la metodista, la baptista, la congregacionista, la unitaria e, incluso en algunos casos, los discípulos de Cristo y los luteranos) estuvo analizando la religión en los seminarios teológicos en unos términos radicalmente distintos a los que, en general, se escuchan desde el púlpito. Todos los licenciados de las más brillantes facultades de teología no pueden evitar sentir una intensa frustración al tener que ir a trabajar a la iglesia de cualquier comunidad o a la parroquia. La causa de ello estriba en que no creen en lo que se supone que deben predicar; y, de algún modo, esto es así desde hace mucho tiempo.

El clero, salvo en la iglesia católico-romana, que vive una situación algo distinta, está muy controlado por los laicos: y ya se sabe que el cliente siempre tiene razón. Por consiguiente, se encuentra en un estado de perenne frustración porque los que contribuyen con mayores donaciones, y, por lo tanto, los más interesados en la iglesia, tienden a ser gente conservadora. Desean la religión de los viejos tiempos, aunque, de hecho, lo que llaman religión tradicional, en realidad, es bastante moderna. Sin embargo, eso es lo que quieren.

En el ejército británico existe una cosa llamada el desfile eclesial. Hay una anécdota muy famosa sobre un sargento de instrucción que al reunir a todas las tropas dispuestas a desfilar un domingo por la mañana, gritó: «Católicos a la derecha, protestantes a la izquierda y religiones estrambóticas al centro». En la medida en que las personas inteligentes de nuestra cultura poseen alguna clase de religión, esta suele ser estrambótica, como la de la unidad, la ciencia de los cristianos, la teosofía, el budismo, el vedanta o alguna clase de rama especial del protestantismo, como, por ejemplo, la iglesia del compañerismo de San Francisco o la iglesia de la comunidad de Nueva York, que teológicamente son muy liberales y muy izquierdosas.

La nueva teología ha surgido en la actualidad porque, en general, el clero está harto. El cristianismo está contra las cuerdas, y el Papa lo sabe mejor que nadie. Por esta razón, de la mano de este movimiento ecuménico se está reconsiderando de qué trata el cristianismo. ¿Existe un solo Dios? ¿Acaso existe un Dios? Mucha gente se atreve incluso a decir que debemos abandonar cualquier idea de Dios.

En palabras de un sacerdote inglés llamado Padre Mascal, el supuesto básico del movimiento secularista en la teología cristiana es que la vida es un viaje desde la sala de maternidad hasta el crematorio. Eso es lo único que existe; eso es todo. Esa es la única vida que la religión cristiana debe encontrar. Así pues, con este abandono de Dios e incluso de la idea de que el universo es controlado por una fuerza sobrenatural, la religión cristiana se vincula con la figura de Jesús de Nazaret con peculiar y engrandecido fervor. Como dijo alguien muy ocurrente, Dios no existe, y Jesucristo es su único Hijo.

Hay algo extraño en el cristianismo. Comparte con el islamismo y el judaísmo lo que podríamos denominar un im-

perialismo teológico. Incluso los cristianos de orientación más liberal creen fervientemente que su religión es la mejor de todas. Afirman que «Jesucristo es el único Hijo de Dios». En realidad no es una manera muy ortodoxa de decirlo, pero así es como lo dicen. De otro modo afirmarían que «Jesús es el hombre más grande que jamás haya existido». La cuestión es comprometemos con la teoría de que Jesús fue un personaje histórico. Por una u otra razón, los que se comprometen con esta exclusivista teoría sobre Jesús se vuelven de lo más intolerante. Condenan las otras religiones sin ninguna contemplación, o bien, lo cual resulta más insidioso, las censuran con falsas alabanzas: «Las enseñanzas del Buda son ejemplares, y todos estamos en deuda con sus magníficos principios morales». No obstante, a estas palabras siempre sigue el discursito de que solo debemos encomendarnos a Jesús, pues Él es el Señor y el Maestro, y da cien mil vueltas a todos los demás.

El problema es siempre el mismo: cuando se discute algún asunto teológico con un cristiano de esta clase, nos encontramos con una situación en la que abogado y juez son la misma persona. Es decir, Jesús resulta ser el mejor hombre del mundo entero, al entender del cristianismo, porque estos son los parámetros con que estos cristianos juzgan. Luego nos damos cuenta de que los que sostienen estos juicios, por lo general, no saben gran cosa de las otras religiones. Los cursos de religión comparativa de las facultades de teología son sorprendentemente superficiales y tremendamente inexactos. Es algo que en la actualidad se está poniendo de manifiesto. El auténtico propósito de pertenecer a la iglesia es salvarse, y salvarse significa pertenecer al grupo más «in». Hay que formar parte de un grupo selecto si deseamos conocer nuestra identidad, distinguirnos: así sabremos que diferimos de aquellos que no integran nuestro

grupo. En eso sí habremos conseguido distinguirnos. Esta es la organización más básica de una iglesia. Si deseas pertenecer a algún grupo cerrado, debes considerar inaceptables los demás credos.

Santo Tomás de Aquino, en realidad, descubrió el pastel cuando dijo que aquellos que han sido bendecidos con el cielo descenderán a las almenas para deleitarse en la contemplación del cumplimiento de la justicia de Dios en el infierno. Puede darse el caso, no obstante, de que seamos unas personas muy liberales que no crean en el infierno. A fin de cuentas, creer en la condenación eterna en nuestros tiempos no es muy sutil ni de buen tono. Dispondremos, por lo tanto, de nuevas expresiones para referirnos a ella, como, por ejemplo, «no lograr ser una persona en el sentido más auténtico de la palabra», «vivir en grado infrahumano» o «padecer una psicosis irreversible y terminal». Todas estas nuevas expresiones sirven para referirnos a la condenación o la herejía. Es decir, podremos saber que estamos salvados solo si sabemos de alguien que no lo está. Cuesta imaginar una situación en la que todos y todo lograran salvarse. Incluso hay que ser un místico para pensar en ello, porque se requiere un estado de conciencia que trascienda los contrarios, y eso no podemos hacerlo con la lógica ordinaria. Hemos de disponer de una nueva clase de lógica, la que estoy utilizando en este preciso momento al señalar que condenados y salvados se necesitan mutuamente. Ambos mantienen una relación simbiótica. Van juntos como si fueran el reverso y el anverso de una misma cosa, porque cuando algo tiene un anverso, también debe tener un reverso. Por consiguiente, el mismo hecho de que anverso y reverso aparezcan juntos indica que existe una unidad entre los contrarios, aunque sean contrarios tan opuestos a primera vista como condenados y salvados.

Solo cuando empezamos a darnos cuenta de que necesitamos a los condenados para salvarnos y que ellos necesitan a los que se salvan para poder ser a su vez condenados, podemos empezar a reírnos del asunto; y, sin duda alguna, la risa es muy subversiva. Ya conocemos las reglas: no debemos reírnos en la iglesia ni en los tribunales de justicia. Son lugares donde la risa pone nerviosa a la gente, porque se considera un signo de falta de respeto. Sin embargo, también puede ser todo lo contrario. Dante dijo que la canción de los ángeles en el paraíso sonaba como la risa del universo. No obstante, en la iglesia (sobre todo en las más serias) reír está muy mal visto. Que ¿por qué? Porque si contemplamos el diseño de una iglesia católica, advertiremos que se basa en el diseño del salón del trono de un rey. Si, por el contrario, nos fijamos en una iglesia protestante, veremos que se inspira en el diseño de unos tribunales de justicia. Es cierto; el pastor protestante lleva exactamente las mismas ropas que un juez americano, y todos esos bancos y sillerías son los mismos que los que encontramos en los antiguos juzgados, en el estrado y en la tribuna del jurado. Esta es la idea original de la Iglesia cristiana.

Las iglesias romanas antiguas se llamaban basílicas. Significa la sala del trono del rey. El altar es el trono de dios, y en toda sala del trono hay un rey muy nervioso, porque todo aquel que asume la responsabilidad de gobernar a los demás siempre debe estar vigilante. Por lo tanto, aparece con la espalda pegada a la pared, y flanqueado por la presencia de guardias y altas autoridades del estado. Asimismo, para que nadie se levante y cause problemas, los demás deben arrodillarse o postrarse ante su persona; y, por supuesto, nadie debe reír. Sería como reírse del Hermano Mayor.

Este fue el modelo en el que se basó la idea judeocristiana de Dios, y es un modelo político. Los títulos de Dios (Rey de

reyes, Señor entre señores) proceden de los emperadores supremos de Persia. Por eso en las oraciones matutinas el clérigo de la iglesia anglicana se levanta y dice: «Dios Todopoderoso y eterno, Mandatario de príncipes, Rey de reyes, Señor entre los señores, he aquí frente a tu trono a tus súbditos de la tierra, y, entre todos, dígnate a contemplar en tu infinita gracia a nuestra graciosa soberana la reina Isabel y a la familia real». Aunque no creamos al pie de la letra que Dios se sienta en un trono, y que consecuentemente posee un cuerpo para hacerlo, ni que lleve corona o tenga barba, esa imagen sigue presente en nosotros al evocar el personaje de Dios. Las imágenes son más poderosas que los conceptos intelectuales.

Sabrán que en el devocionario se afirma que Dios es un espíritu sin cuerpo ni pasiones, omnipresente en el espacio y eterno en el tiempo. Uno piensa, por consiguiente, como Hegel, en los vertebrados gaseosos, o bien en un enorme y difuso mar de luminosa jalea que ocupa tiempo y espacio. Todos utilizamos imágenes. Imágenes que revelan la existencia de otras más antiguas que influyeron en nuestra infancia. Si siguen asistiendo a misa y recurren a esta imaginería, en el plano emocional seguirán sintiendo por Dios lo mismo que sienten los que creen en la interpretación literal. Este modelo político de Dios ha imperado en Occidente. El mundo es a Dios como los súbditos al rey o los artefactos a su inventor. Poseemos un modelo cerámico del universo, porque en el libro del Génesis se cuenta que Dios formó a Adán con el polvo de la tierra. En otras palabras, hizo una figura de arcilla e insufló aliento de vida en la nariz de la figurita, y esta cobró vida.

Los hinduistas no tienen que hacer frente a este modelo de universo porque ellos no lo ven como una creación divina (en el sentido de artefacto); lo consideran el escenario de

dios. Ven el mundo como algo activo que no ha sido creado, dios es aquello que finge ser todo lo que es. En realidad todos somos dios, una máscara de dios que representa su papel en nosotros; y lo hace tan bien, que ha terminado por creérselo. Él es el público y el actor. Desea que lloremos. Quiere vemos expectantes, sentados en precario equilibrio en el borde de la silla. Dios, el último actor, está completamente convencido de que la escena es real.

Los chinos, por último, poseen un tercer modelo. Su universo es orgánico; es un gran organismo. Vive, crece y es de orden inteligible.

Estos son los tres grandes modelos del mundo. Cuando Occidente dejó de creer seriamente en dios hace ya bastante tiempo, los occidentales seguimos cultivando la idea del mundo como un artefacto; tan solo pasamos de un modelo cerámico del universo a uno plenamente automático y mecánico, modelo de sensatez para la inmensa mayoría.

Retomaré la idea de que el clero y la gente de la iglesia, en realidad, no creen en absoluto en Dios en el sentido originario del término. Si creyeran seriamente en la religión cristiana en su forma ortodoxa, irían por la calle gritándolo a pleno pulmón. Sin embargo, hasta los Testigos de Jehová guardan las formas cuando llaman a nuestra puerta. Si creyeran de verdad que íbamos a ir al infierno, nos montarían un número más escandaloso que si tuviéramos la peste bubónica. En realidad, ya nadie se toma tan en serio el cristianismo, porque ya no se cree. La gente sabe que debería creer. De hecho, muchos sermones son exhortaciones a la fe, que, en otras palabras, es como reconocer que no creemos, aunque deberíamos hacerlo. Nos sentimos muy culpables, pero no tenemos la fuerza moral para creer. No obstante, no solo se trata de una cuestión de fuerza moral. Se trata de que nos piden que creamos en algo que la mayoría pien-

sa que es absurdo: que el mundo se gobierna en función de las pautas que sigue un estado. ¿Cómo es posible ser ciudadano de los Estados Unidos, haber jurado que la república es el mejor de los gobiernos y luego creer que el universo es una monarquía?

Las personas inteligentes siempre se han dado cuenta de que este modelo político de cosmos no funciona. De hecho, ningún teólogo serio creyó jamás que Dios fuera un anciano caballero con bigotes sentado en un trono de oro. Jamás. El obispo de Woolidge narra en su libro *Honest to God (Para ser honestos con Dios)* que no existe alguien así ahí arriba. En cierto sentido diré que peca de ingenuo. Hubiera podido citar largos fragmentos de santo Tomás de Aquino, los grandes Padres de la Iglesia: Orígenes, Clemente de Alejandría, san Gregorio Nacianceno, san Juan Damasceno, san Basilio el Grande, san Agustín, san Ambrosio, Bernardo de Clairvaux y Alberto Magno; podría haber citado a todos estos teólogos, profundamente ortodoxos y correctos, para mostrar que jamás creyeron en un dios con bigotes. Podría haber dicho: «Miren ustedes; este libro es absolutamente ortodoxo, y yo no soy un revolucionario. Tan solo he recuperado la auténtica religión antigua». No lo hizo, y, ¿saben por qué? Él mismo me lo contó. Jamás había leído a esos autores en la facultad de teología. Su formación religiosa se había limitado exclusivamente a los estudios bíblicos, y nunca había llegado a profundizar tanto.

Lo mismo les ocurre a muchas personas. Una de las razones por las que tanta gente se convierte a las religiones orientales es porque el nivel intelectual con el que estas se presentaron por primera vez en Occidente es mucho más elevado que el del cristianismo, tal y como lo entienden en la iglesia del barrio. Si viviéramos en la India o Ceilán, por supuesto iríamos al monasterio budista y los sermones que

allí escucharíamos serían tan zafios como las monsergas que nos enseñan en nuestras iglesias. Allí no hablan de cosas como el gran vacío o cómo practicar la meditación: eso es para los especialistas. Lo único que les preocupa es hacer méritos, mejorar su situación para la próxima vida o salir de un mal *karma*. De eso trata en el fondo el budismo popular. El problema en Occidente es que la gente cada vez estudia más y el nivel de alfabetización es altísimo. Al público, por lo tanto, debe tratársele con respeto. Ya no se puede decir: ¡A la porra con el público! Hay demasiada gente culta.

Yo opino que el dios que realmente ha muerto es este dios modelado por la política en todos sus aspectos. La autoridad paternalista y divina que gobierna el universo (y con la que, como egos, estamos en relación analógica como el súbdito lo está con el rey) ya no se sostiene. Ahora bien, ¿cuáles son las alternativas de que disponen los occidentales de formación cristiana? ¿Qué otra clase de dios podríamos tener? Una posibilidad sería que no hubiera ningún dios. Es lo que afirma el ala izquierda de esta nueva teología. En cambio, alguien como James Pike, situado en el ala derecha de la misma, cree terminantemente en dios (es teísta), pero no cree en algo con bigotes, y, en realidad, tampoco cree en el modelo político.

Nos vemos pues obligados a elegir entre un universo mecánico que ya no es lo que aparenta ser y una refinadísima concepción de dios como «Ello» en lugar de «Él». Habrá una diferencia abismal según el pronombre que utilicemos. Incluso «Él-Ella», que para los científicos cristianos es «el padre-la madre», resulta bastante complicado. «Ello» es mucho más sencillo. Sin embargo, cuando decimos «ello», ¿significa acaso que dios es como la electricidad, que parece no tener una inteligencia independiente y propia, sino que

solo es energía, algo que se eleva de forma abrupta? ¿No será dios, en tanto que «ello», algo así?

Lo más irónico es que es muy difícil ser un verdadero ateo. En 1928, el Parlamento británico debatió la petición de la Iglesia anglicana de elaborar un nuevo devocionario revisado. Al ser iglesia y estado inseparables en Gran Bretaña, el Parlamento tuvo que votar para decidir el uso que se daría al nuevo devocionario. Alguien se levantó y dijo: «Es absolutamente ridículo que tan gran número de ateos tenga que decidir con sus votos la política interna de la iglesia anglicana». Otro diputado, sin embargo, intervino: «Yo no creo que aquí haya ateos. En realidad, no hay ninguno. Todos creemos que debe de haber algo en el más allá».

En lo que concierne al ámbito teológico, no basta con «creer que debe de haber algo en el más allá», porque si algo detestan los teólogos es la vaguedad. Prefieren incluso que no exista dios antes que aceptar la vaguedad, porque, al menos, el ateísmo es claro y preciso. Esto es lo que dicen: «Dejad de dar palos de ciego. Sabéis muy bien que creer en una gran mente universal como un continuo estético e indiferenciado es una idea demasiado confusa, y a eso es a lo que se refieren los que afirman "que debe de haber algo en el más allá". Es solo una idea imprecisa. O bien no hay dios, o bien dios tiene una personalidad definida, una clara voluntad moral y unas normas precisas que no puedan manipularse fácilmente: un Dios con entidad bíblica».

¿Qué hacemos entonces? ¿Dividimos la mente en dos compartimentos diferentes: uno nos sirve para mantenernos al corriente de los descubrimientos científicos y del mundo moderno mientras que del otro sencillamente nos desentendemos? La combinación de ambos aspectos hará más difícil que creamos en las ridículas proposiciones llamadas religión en general. Sin embargo, hay mucha gente que desea

una religión en la que cueste creer, porque consideran que esa dificultad es una especie de prueba de fe.

Tenemos, entonces, la posibilidad de creer en un dios de esta clase, y también la posibilidad de que no exista dios. ¿Será la vida este viaje desde la sala de maternidad hasta el crematorio y el propósito de la religión, hacer más llevadero ese viaje? Es decir, ¿acaso la religión consiste en librarnos de la pobreza, la guerra, la explotación y las enfermedades, o bien es algo más? Los que adoptan la actitud de decir que no existe nada más, y que yo llamo posición teológica secular, beben de las fuentes de la filosofía contemporánea (sobre todo en sus formas de empirismo científico o positivismo lógico), que sostiene que la idea de dios no es una falacia, sino una idea sin significado. En otras palabras, afirman que las proposiciones de que dios existe y dios es el origen y el creador y gobernador de todas las cosas que ocurren carecen en realidad de significado. Para ellos es como si alguien dijera: Todo se acaba. No es posible hacer una proposición lógica cualquiera sobre todas las otras proposiciones, porque estas son como etiquetas dispuestas en cajas, y no nos es posible disponer de la caja que las contiene a todas. Sería una caja sin parte exterior, y, por lo tanto, no sería una caja. Proposiciones y palabras deben referirse a clases de cosas, y no se puede tener la clase de todas las demás clases.

Los secularistas, sobre el supuesto de que la noción de dios no sirve para realizar predicciones, también sostienen que tales afirmaciones carecen de sentido; o bien se preguntan qué pruebas se necesitan para demostrar la inexistencia de dios de manera satisfactoria. Ningún creyente sabrá encontrar una prueba que demuestre de manera concluyente que dios no existe. De manera similar, los psicoanalistas son completamente incapaces de encontrar pruebas que nieguen la existencia del complejo de Edipo. Así pues, basados

en la lógica, los filósofos contemporáneos adoptan la posición de que la idea de dios carece de significado; y puesto que muchos teólogos poseen influencias de la filosofía contemporánea, se toman en serio estos argumentos y quieren secularizar la concepción entera de la religión, o bien, por ponerlo en palabras de Bonhoeffer, «tener un cristianismo sin religión».

Cuando oigo que alguien dice que la vida solo es el viaje que transcurre desde la sala de maternidad hasta el crematorio, acuden otras palabras a mi memoria. Una vez preguntaron a un maestro chino qué era el Buda, y él respondió: «Esta mañana vuelve a hacer viento». Otro maestro budista escribió un poema en su lecho de muerte. «De una bañera a otra, solo he pronunciado palabras vanas.» Son las bañeras en las que se lava al recién nacido y también al cadáver antes del entierro. «El tiempo transcurrido entre un baño y otro lo he ido pasando de charla en charla.» Vamos a ver: ¿estos poemas significan lo que dicen? De ningún modo. Los inspira una vida dedicada a la disciplina de una clase muy especial de meditación, que culmina en una experiencia absolutamente demoledora y de la que es muy difícil hablar. Por decirlo a grandes rasgos, es el encuentro con la eternidad, con lo eterno: no necesariamente en el sentido de aquello que se sucede continuamente en el tiempo, sino con ese no-tiempo que trasciende al tiempo y está más allá de cualquier medida en términos de horas y días. Cuando alguien en ese estado de conciencia, o que ha pasado por él, observa lo cotidiano, el mundo de cada día, lo ve igual que nosotros, pero con una enorme diferencia. Si pudiéramos expresar esta diferencia en un lenguaje occidental e influido por el cristianismo, quizás habría dicho: «¿Acaso no os dais cuenta de que sentados en esta habitación con la ropa, los rostros y la personalidad de siempre estamos en el epicentro

de la visión beatífica? Estar sentados aquí, en esta sala, es precisamente el infinito y la eternidad. Es ello. Esta es la visión beatífica. Esto es Dios».

En esta religión basada en la meditación siguen conservando templos y budas, y todavía cantan *sutras*, ofrecen incienso y tocan el gong, pero también dicen que, para alcanzar de verdad el sentido más profundo de la religión, hemos de matar al Buda.

Imaginemos que un día un clérigo se levantara y dijera desde el púlpito: «Cada vez que digáis Jesucristo, vais a lavaros la boca con jabón». O bien, «si encontráis a Dios Padre, matadlo. Si encontráis a Dios Hijo, matadlo. Si encontráis a Dios como Espíritu Santo, matadlo. Si encontráis a san Agustín, matadlo. Matadlos a todos». Sencillamente me limito a traducir en términos cristianos lo que diría un maestro budista aproximadamente en el 800 d. de C.

No obstante, personalmente no creo que este «matar al Buda» sea lo que está sucediendo con la nueva teología. Más bien parece que se estén deshaciendo de dios.

Si hemos de creer en los Diez Mandamientos, hay uno que dice: «No esculpirás estatuas ni imágenes de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les rendirás culto». He estado hablando de la destrucción de los ídolos (este matar al Buda), porque las estatuas más peligrosas no son las de madera y piedra, sino las hechas con ideas. Todas las grandes tradiciones místicas saben muy bien que la visión suprema solo sobreviene cuando despojamos nuestra mente de cualquier idea de dios. Es como limpiar una ventana sobre la cual alguien hubiera pintado un cielo azul. Para contemplar el verdadero cielo, tendremos que rascar la pintura. Quizá diremos: ¡Por

el amor de Dios! No saques esa preciosa pintura azul. La hizo un gran artista. Fíjate en lo hermosas que son las nubes. Si lo haces, jamás veremos el cielo azul. Sin embargo, los grandes místicos siempre han dejado de aferrarse a dios, porque al único dios al que podemos aferrarnos es a la idea de dios.

Para descubrir a dios, tenemos que dejar de obstinarnos en creer. ¿Por qué lo hacemos? Por seguridad, sin duda. Deseamos salvar algo; deseamos salvarnos a nosotros mismos. Da igual lo que queramos decir con ello, si eso significa sentirse feliz, que la vida tiene un sentido o que hay alguien ahí arriba que se preocupa por nosotros. Cuando no nos asimos a un dios, nos asimos a otro: el estado, el dinero, el sexo, nosotros mismos o el poder. Todos ellos son falsos dioses. Llegará un día, sin embargo, en que está obsesión cesará; y solo entonces empezará el tiempo de la fe. Las personas que siguen creyendo en la idea de dios no tienen fe, porque la auténtica fe consiste en no aferrarse a nada.

La tradición cristiana tiene un nombre para este desarraigo: la nube del desconocimiento. Existe un libro del siglo XIV que trata del tema. Lo escribió un monje británico que recogió las doctrinas de alguien llamado Dioniso el Areopagita, quien, a su vez, había adoptado el nombre del ateniense convertido tras haber escuchado la predicación de san Pablo, un monje sirio del siglo VI. El maestro Eckhart, santo Tomás de Aquino, Juan Escoto Erígena y muchos otros teólogos medievales estudiaron a Dioniso el Areopagita. Su obra es la *Teología mística*, y en ella explica que para llegar a una unión plena con Dios, debemos abandonar toda idea de Dios. Enumera, además, cuáles son las ideas que deben abandonarse: que dios sea una unicidad, una triplicidad, una unidad, un espíritu o cualquier otra clase de cosa que pueda concebir la mente humana. El ser divino lo supera todo.

Esto es la teología apofática, término griego opuesto a catofática. Al hablar de manera catofática, decimos cómo es dios. Dioniso también escribió un tratado de teología catofática llamado *Los nombres divinos*. La teología catofática nos habla de la naturaleza de dios por analogía. Dice que dios es como un padre. No un padre cósmico, sino que en algún sentido él es como un padre. Este es el método catofático. El método apofático, por el contrario, nos dice lo que no es dios. Todos los teólogos que siguieron a Dioniso afirmaban que la manera más suprema de hablar de dios es en términos negativos; como un escultor que por el hecho de extraer la piedra, de quitarla, por utilizar la misma imagen de Dioniso, lograra hacer una estatua. Santo Tomás de Aquino afirmó con el mismo espíritu: «Dado que Dios, por ser infinito, supera todas las ideas comprensibles para la mente humana, solo podemos hablar de él por omisión». Es decir, eliminando de nuestra idea de dios todos los conceptos inadecuados. Los hinduistas lo llaman *neti*, cuando dicen del Brahmán de la realidad suprema: «No es esto, no es esto».

Este mecanismo intelectual de destrucción de los conceptos debe aliarse con el mecanismo psicológico de distanciarse de las imágenes. Cejar en el empeño, sencillamente, porque no hay ninguna necesidad. No es necesario aferrarse a nada, porque al nacer, nos lanzaron a un precipicio. Hubo una gran explosión, y entonces caímos, junto con muchas otras cosas que también nos acompañaron en nuestra caída, algunas de las cuales fueron enormes trozos de roca, y, entre ellos, la Tierra. De nada sirve agarrarnos a las rocas cuando ellas también están cayendo. Quizá nos proporcione una falsa sensación de seguridad, pero en realidad todo cae, cae y se separa. Los antiguos afirmaron por boca de Heráclito: «Todo fluye, nada permanece». No podemos asirnos a

nada; es como atrapar humo con una mano que no existe. La obstinación solo provoca angustia.

Cuando al fin nos damos cuenta de que no podemos aferrarnos a nada, que no hay nada a lo que aferrarnos, resulta que asistimos a un cambio de conciencia que podemos denominar o bien fe, o bien dejarse ir. En sánscrito lo expresan de la siguiente manera: *tat tuam asi*, que literalmente significa «Eso eres tú». Nosotros diríamos más bien «Eres eso». Si somos dios, por consiguiente, no podemos tener ninguna idea de dios, al igual que tampoco podemos masticar nuestros dientes con nuestros propios dientes. No necesitamos la idea de dios. El sol no necesita brillar para sí mismo. Los cuchillos no tienen que cortarse a ellos mismos. Todo lo que vemos en el exterior son estados provocados por el sistema nervioso central. Cuando un maestro Zen cayó en la cuenta de que llevar agua en un cubo era un milagro, se dio cuenta de que no existía nada salvo dios. Si en el fondo tenemos esa certeza, no necesitamos ninguna religión. Podemos tener una, porque el mundo es libre, pero no la necesitamos. Cuando hemos tomado conciencia de ello, todas las religiones (todas las manifestaciones religiosas externas) se convierten en una verdadera ganga. Es como aquel hombre forrado de dinero que sigue acumulando ganancias: no tiene por qué hacerlo.

Según los teólogos más reputados, dios no necesitaba crear el mundo; a él no le aportaba nada. No tenía por qué hacerlo, no estaba obligado a ello. Si lo hizo fue por lo que Dioniso el Areopagita denominó la plenitud absoluta, que diríamos en nuestro idioma; o bien por pasarlo bien, utilizando otros términos. Aunque no nos guste esta clase de lenguaje para referirnos a dios, es una manera de expresarse absolutamente contemporánea y muy acertada. Es lo que dice la Biblia, solo que de manera más sobria: «Su Majestad

lo hizo para su propio placer». Así hablamos de los reyes. Como diría la reina Victoria, «Su Alteza no se divierte».

En el Libro de los proverbios se dice que la sabiduría divina habla como atributo de Dios, pero al margen de Él, en una especie de politeísmo primitivo. La diosa Sabiduría cuenta que en el principio del mundo lo que más le gustaba era jugar ante la divina presencia, y sobre todo jugar con los hijos de los hombres. La palabra en hebreo es «jugar», pero en la traducción encargada por el rey Jacobo I es «alegrarse», porque es una palabra más suave. Podemos alegrarnos en la iglesia, pero no jugar. No podemos divertirnos en la iglesia, pero podemos alegrarnos. ¿Ven la diferencia? La cuestión radica en que no había razón alguna para hacer el mundo, y, sin embargo, se hizo solo para armar un celestial jolgorio. ¡Aleluya! Por eso ríen los ángeles. Solo en la iglesia se ha olvidado lo que significa «aleluya». El aleluya es como el canto de los pájaros, y ese cantar no persigue nada en concreto, solo la diversión. ¿Por qué cantamos? ¿Por qué nos gusta bailar? ¿Para qué sirve la música? Para divertirnos. Eso es el aleluya. Cuando no nos aferramos a nada, todo explota. Esto es lo que significa *satori* para los Zen, «un despertar repentino». De repente nos preguntamos por qué razón nos estábamos complicando tanto la vida. Porque estamos aquí; y este mismo aquí es lo que habíamos estado buscando todo el tiempo. Estaba delante mismo de nosotros.

Muchos niños pequeños ya saben desde el principio en qué consiste la vida, solo que no tienen palabras para expresarlo. Este es el problema fundamental de la psicología infantil. Lo que en teoría están buscando los psicólogos infantiles es un bebé que sepa explicar qué se siente al ser un recién nacido, pero jamás lograrán encontrarlo. Cuando llega el momento de enseñar a hablar a los niños, lo estropeamos todo. Les damos el lenguaje, pero ellos no pueden pensar

cosas demasiado elevadas con este lenguaje tan curioso y limitado, sobre todo si tienen que usar las palabras con las que los pequeños empiezan a manejarse. Al final, cuando tienen ya a la criatura completamente hipnotizada, le cuentan las cosas más absurdas. Le dicen que debe ser libre: Como ente independiente, eres un ser responsable; y estás obligado a amarnos. Te exigimos que hagas lo que nos plazca, y que lo hagas de manera voluntaria. ¡No me extraña que la gente se confunda!

Me temo que la nueva teología habla muy en serio cuando dice que no existe dios. Es de lamentar que el universo se encuentre en una situación tan apurada. Eso es una secuela de esa filosofía decimonónica basada en un modelo completamente automático según el cual, el universo se consideraba esencialmente estúpido, un mecanismo, energía ciega en rotación donde los seres, la inteligencia y los valores humanos eran fortuitos, unos seres azarosos inquietos ante la indiferencia que la naturaleza mostraba por su suerte. Por eso mismo había que luchar contra ella.

Todo esto es pura mitología. Es todo lo contrario a la postura científica, pero es lo que la mayoría cree. Forma parte de nuestro sentido común actual. Sin embargo, ¡qué oportunidad la que se le brinda a la nueva teología y al caldo de cultivo formado a su amparo para que la gente considere otro punto de vista y se dé cuenta de que cuando nos libramos de dios, lo único que hacemos es destruir un ídolo! Todos los ídolos, no obstante, deben destruirse con respeto, y no de la manera en que esos malditos puritanos destrozaron las figuras de santos que decoraban los vitrales de las iglesias medievales. Eso fue una iconoclasia irrespetuosa. Un ejemplo de iconoclasia respetuosa, en cambio, sería la incineración ceremoniosa de la Biblia todos los domingos de Pascua, porque si es cierto que Jesús resucita de entre los

muertos, ya no necesitamos más la Biblia, ni tampoco los libros. Quemémosla de manera ceremoniosa, y con gran respeto, pero no con demasiada gravedad, porque sin duda Dios no se toma a Sí mismo demasiado en serio. Si lo hiciera, no quiero ni imaginar lo que podría ocurrir.

5. LAS IMÁGENES DEL HOMBRE

Me gustaría empezar dando una nueva definición de la palabra «mito». En general, «mito» significa cuento, fábula, falsedad, o algo anticuado, incierto. No obstante, otro significado más antiguo y estricto del término nos revela que no es algo falso, sino más bien una imagen en función de la cual las personas otorgan un sentido a la vida y al mundo. Por ejemplo, imaginemos que no entendemos el concepto técnico de electricidad y alguien quisiera explicamos el flujo de la corriente. Podría comparar la electricidad con el agua, y como sí comprendemos lo que es el agua, podríamos hacernos una idea sobre el comportamiento de la electricidad. Los astrónomos explican el significado del espacio en expansión con una metáfora de un globo, un globo negro con manchas blancas. Estas manchas blancas representan las galaxias, y cuando soplamos el globo, se distancian entre sí a la misma velocidad que el globo se hincha. No queremos decir que la electricidad sea el agua o que el universo sea el globo de manchas blancas, sino que se parecen.

De la misma manera, el ser humano siempre ha utilizado imágenes para representar sus ideas más profundas sobre el funcionamiento del universo y el lugar del hombre. Discutiré algunos aspectos de dos de los más grandes mitos, en el pleno sentido de la palabra, que han influido en el pensamiento de la humanidad. En primer lugar, tenemos el mito del universo como un artefacto, construido a la manera del

carpintero que hace mesas, sillas y casas, el alfarero que hace vasijas o el escultor que modela estatuas. En segundo lugar, la imagen del mundo como una obra de teatro según la cual los objetos del mundo no han sido creados, sino que se representan, del mismo modo en que un actor representa diversos papeles. Estas son las dos grandes imágenes que dominan respectivamente las religiones de Occidente surgidas del hebraísmo (el hebraísmo, el cristianismo y el islam) y las religiones de Oriente originadas en la India: el hinduismo en particular y, en menor medida, el budismo.

Quiero dejar perfectamente claro, antes de avanzar más, que al hablar de estas dos grandes tradiciones religiosas en términos de imágenes, estoy hablando de cómo se expresan a nivel popular. Los cristianos y los hinduistas más cultivados trascienden las imágenes. Por ejemplo, un cristiano quizá piense en Dios como un padre, pero un cristiano culto no se imaginará que Dios es un padre cósmico con barba blanca sentado en un trono dorado situado más allá de las estrellas. Por otro lado, un hinduista tampoco se imagina al pie de la letra que Dios es el rey del espectáculo por excelencia, el gran actor. Estas imágenes reproducen las similitudes, no la realidad; y tras su análisis, quizá estaremos en disposición de preguntarnos si alguna de ellas sigue teniendo sentido para nosotros en este siglo XX en que nuestra concepción del mundo la conforma en gran medida la ciencia occidental.

Empezaré con unos cuantos aspectos de la imagen del mundo y, por consiguiente, de la imagen del hombre tal y como queda reflejada en la Biblia hebrea. En el libro del Génesis se nos cuenta que Dios creó al hombre con el polvo de la tierra, como si hubiera modelado una figura de arcilla de Adán. Luego le insufló el aliento de la vida por la nariz y la estatuilla cobró vida. Se dice que la figurita se hizo a seme-

janza de Dios. Dios, concebido en esta imagen en concreto como un espíritu personal, vivo e inteligente, creó algo parecido en el hombre. Es esta una creación absoluta, como el alfarero que modela con arcilla un jarrón. La criatura que Dios Nuestro Señor ha hecho no es Dios; es algo inferior a Dios, algo como Dios, pero sin llegar a ser Dios.

De esta idea del mundo como un artefacto se derivan consecuencias muy interesantes. El universo entero se contempla como un maravilloso logro tecnológico. Si fue creado, debe de existir alguna explicación sobre su origen; y el conjunto de la historia del pensamiento occidental ha sido un intento, por muy diversos caminos, de descubrir cómo hizo el universo el creador. ¿Qué principios y leyes, qué planos subyacen a esta creación? Es una imagen recurrente en la historia occidental, y sigue vigente en nuestros tiempos, cuando mucha gente ya no cree en el cristianismo, el judaísmo o el islam. Son agnósticos o ateos, pero siguen conservando esta idea del mundo como un artefacto. Si ustedes son cristianos o judíos, creerán que el mundo es un artefacto creado por un espíritu inteligente llamado dios. Sin embargo, si son ateos o agnósticos y pertenecen a la misma cultura que los anteriores, creerán que el mundo es una máquina automática sin creador, algo que se hizo a sí mismo.

Podríamos decir que nuestro modelo original de universo era el modelo cerámico. La Biblia se refiere a Dios muchas veces como el alfarero que crea el mundo con una obediente arcilla. Incluso cuando los pensadores occidentales del siglo XVIII empezaron a abandonar la idea de un dios personal, siguieron aferrándose a la idea de un artefacto. Por consiguiente, puede decirse que tras el modelo cerámico del universo, conseguimos un modelo plenamente automático.

Al contemplar las cosas, siempre nos asalta la misma pregunta: ¿Cómo estarán hechas? Para descubrirlo, lo lógico

será desmontarlas por piezas. Es bien sabido que para entender el funcionamiento de algo, tenemos que desmontar las partes y ver qué secreto se oculta en el interior de la caja. La ciencia occidental lo diseccionó todo en sus comienzos. Diseccionó animales, y diseccionó plantas y minerales.

Cuando todo quedó reducido a sus partículas más ínfimas, intentaron encontrar otros sistemas de fragmentación de esas partes diminutas para poder descubrir al fin en qué consistían las partículas más pequeñas y conocer el método que el creador, o el universo completamente automatizado, había utilizado para su montaje. Esperábamos que eso nos conduciría a la comprensión del funcionamiento de la vida. El hombre mismo se consideró una creación, algo que había sido formado. Sin embargo, esa idea comportaba una serie de dificultades; si se cree en un mundo acorde con el modelo automatizado, en el fondo es obligado admitir que también el hombre debe ser completamente automático, una máquina en lugar de una persona, que, quitándose el sombrero, diga: Encantado de conocerle. Soy una persona. Estoy vivo. Tengo sentido común. Hablo y tengo sentimientos. Nosotros, no obstante, no podremos evitar preguntamos: ¿De verdad?; ¿o solo es un autómata?

Con la bendición del modelo automatizado, la imagen occidental del hombre resulta ser la de unos seres vivos muy sensibles bajo cuya piel, por obra de un extraordinario capricho de la naturaleza, surgió algo llamado «razón»; y también «valores», como, por ejemplo, el amor. Fue producto del azar, sin embargo, porque eso ocurrió en un universo completamente automatizado, que, dada su mera naturaleza automática, debía de ser imbécil. En otras palabras, no encontraremos nada inteligente de verdad fuera del cuerpo humano. Por ello, lo único que podemos hacer las personas si deseamos conservar la razón y el amor en este universo

es luchar contra la naturaleza, vencer el estúpido mundo exterior y someterlo a la voluntad humana. Así pues la guerra contra la naturaleza será el gran proyecto de la tecnología occidental, porque cada uno de nosotros, en todos estos miles de años de historia, ha heredado una concepción del hombre como un ser hecho de un aliento insuflado en una figura de arcilla. Cada individuo siente que es un glóbulo de conciencia o mente que habita en un vehículo llamado «cuerpo». Ante la estupidez de ese mundo externo a nuestro cuerpo, nos distanciamos del mundo.

Cuando descubrimos la enormidad del universo, nos sentimos extremadamente insignificantes y muy solos, porque la imagen básica que tenemos de nosotros mismos es la de un alma, un ego, una mente independiente que desde su casita mira hacia fuera y ve un mundo extraño que le hace decir: Eso no soy yo. Soy, por lo tanto, un breve intervalo de la conciencia entre dos fragmentos de oscuridad. No es un pensamiento demasiado halagüeño. A mí me gustaría poder creer que la vida es algo más que eso. Somos muchos los que decimos: «Ojalá pudiera creer que existe un Dios inteligente y eterno para el cual yo fuera importante y que tuviera el poder de permitirme vivir para siempre. Sería maravilloso». No obstante, esto es algo dificilísimo de creer para muchas personas.

Quiero comparar ahora esta imagen cerámica del mundo con otra imagen teatral radicalmente distinta: la imagen que preside la mentalidad hinduista. Los hinduistas defienden que dios no hizo el mundo, sino que lo representó. Es decir, cada persona y cada cosa es un papel, un personaje que dios mismo representa. Desde luego la imagen hinduista de dios es algo distinta de la de los judíos, cristianos e islamitas. De pequeño, solía hacer a mi madre interminables preguntas. Cuando ella ya se había hartado de contestar, me decía:

«Cariño, en la vida hay muchas cosas que no debemos saber». Y yo aún le preguntaba: «¿Y lo sabremos algún día?». Ella me decía: «Sí. Cuando te mueras y subas al cielo, Dios te lo explicará todo».

Solía imaginar entonces que en el cielo, en las tardes lluviosas, nos sentaríamos todos alrededor del trono de gracia y preguntaríamos al Señor por qué había hecho las cosas; y Él nos lo explicaría.

Todos los niños de Occidente preguntan a sus madres: ¿Cómo me hicieron a mí? Nadie lo sabe, pero creemos que igual lo sabe Dios y entonces podrá explicárnoslo. Del mismo modo, cuando algún perturbado afirma ser dios, siempre nos burlamos de él haciéndole preguntas técnicas, como, por ejemplo: ¿Cómo hiciste el mundo en seis días?, o bien, si eres Dios, ¿por qué no puedes convertir este plato en un conejo? Nuestra actitud es esta porque en nuestra imagen popular de Dios, Él es el tecnócrata supremo. Sabe todas las respuestas. Lo comprende todo hasta en sus más mínimos detalles y es capaz de explicarnos cualquier cosa.

Los hinduistas no conciben a Dios de esta manera. Si le preguntamos al dios hinduista cómo creó el cuerpo humano, nos responderá: Sé cómo lo hice, pero las palabras para expresarlo son demasiado burdas. Tengo que hablar muy despacio con palabras. Tengo que estirarlas, porque las palabras van de línea en línea, y las líneas se convierten en libros, y los libros en bibliotecas. Si os explicara cómo hice el cuerpo humano, me llevaría toda la eternidad. Yo no tengo que comprender las cosas con palabras para hacer que sucedan. Vosotros tampoco. No tenemos que comprender con palabras cómo debemos respirar. Sencillamente respiramos. Tampoco tenemos que comprender con palabras cómo hacer crecer nuestro pelo, moldear los huesos, tener los ojos azules o castaños; sencillamente lo hacemos; y los que sa-

ben del asunto algo más (un fisiólogo, por ejemplo), tampoco lo hacen mejor.

Esta es la idea hinduista de la omnipotencia divina, y por esta razón, las imágenes de los dioses suelen tener tantos brazos. El dios Shiva a menudo aparece con diez brazos, o el Avalokiteshvara budista, con mil. Su imagen de lo divino es la de una especie de ciempiés. Un ciempiés puede mover cien patas sin tener que pensárselo, y Shiva puede mover diez brazos con destreza sin pensar en ello. Al ciempiés que se le ocurrió dejar de pensar cómo mover las cien patas, se quedó hecho un lío. Es decir, los hinduistas no piensan en Dios como un técnico especialista con un conocimiento verbal o matemático sobre la creación del mundo. El mundo se hizo de la manera más sencilla, tal cual. Si tuviéramos que describir esta manera tan simple en palabras, sería complicadísimo, pero Dios, según la mentalidad hinduista, no necesita hacerlo.

El hinduista no ve ninguna división fundamental entre Dios y el mundo. El mundo es Dios actuando; el mundo es Dios en un escenario. ¿Cómo llegaron a esta idea? Muy fácil. Cuando intentamos pensar por qué existe el mundo, nos damos cuenta de que es francamente extraño que haya un mundo. Habría sido mucho más fácil y hubiera requerido muchísimo menos esfuerzo que no hubiera existido nada. Sin embargo, las cosas existen. ¿Por qué? Veamos, ¿qué haríamos nosotros en el lugar de Dios? Imaginemos que todas las noches pudiéramos soñar lo que quisiéramos. ¿Qué soñaríamos? Estoy seguro de que la mayoría soñaríamos con aquellas cosas maravillosas que hubiéramos querido que nos sucedieran. Realizaríamos todos nuestros sueños; y podríamos seguir así durante meses, adornándolo hasta lo indecible con setenta y cinco años de gestas gloriosas transcurridas en una sola noche.

Al cabo de unos cuantos meses, sin embargo, quizá empezaríamos a cansarnos un poco y diríamos: ¿Y si vivo una aventura esta noche donde ocurra algo francamente inquietante y muy peligroso? Como sé que estoy soñando, tampoco será tan terrible, y me despertaré si el asunto se pone feo. Así vivimos una temporada: salvando princesas de entre las garras de dragones y corriendo mil y un percances. Al cabo de un tiempo, sin embargo, nos decimos: Vayamos un poco más lejos. Olvidemos que es un sueño y disfrutemos al máximo del suspense. Sabemos que nos despertaremos, pero ¡qué pasada...! Andando el tiempo, llega un momento en que nos atrevemos a abandonar del todo el sueño y terminamos soñando la vida que ahora llevamos.

Los hinduistas dirían que eso se debe al pulso primigenio de la vida, la motivación básica de la existencia, que es como el juego del escondite. Visto y no visto. Todo se basa en esto; la vida entera es vibración, pulsación. La luz es una pulsación de luz y oscuridad. El sonido es una pulsación de sonido y silencio. Todo avanza y retrocede a distinta velocidad. El movimiento de una ola consiste en dos pulsos: la cresta y el seno. No existen crestas sin senos, ni veremos un seno sin una cresta. Siempre van juntos. En el escondite nos ocultamos para que nos busquen, y luego buscamos porque alguien se ha escondido. No existe el aquí sin el allí; sin un allí, no entenderíamos lo que es aquí. No existe el ser sin el no-ser, porque no entenderíamos el significado de ser si no supiéramos a su vez lo que significa el no-ser, y viceversa.

El escondite es el juego fundamental del universo según la concepción hinduista. Es como si Dios Nuestro Señor, o el Brahmán, hubiera dicho en el principio del mundo: Piérdete, tío. Desaparece, que yo ya te encontraré más tarde. Cuando esa desaparición va demasiado lejos, empieza el ritmo contrario, el soñador se despierta y dice: ¡Buf! ¡Menudo

alivio! Se inicia luego un período de descanso en el que todo está en calma, y entonces todo vuelve a empezar. El espíritu de aventura resurge eterno.

Los hinduistas tienen ideas muy abiertas sobre el espacio y el tiempo en lo concerniente a los períodos históricos. Sostienen la teoría de que la ocultación durante el juego universal dura 4 320 000 años, y lo llaman *kalpa* en sánscrito. Al sueño le sucede el despertar. El sueño es esa ocultación en la que el Altísimo se imagina ser todos nosotros. El tiempo del despertar dura otros 4 320 000 años, al fin de los cuales, el sueño vuelve a recomenzar. El período de ensoñación se subdivide a su vez en cuatro estadios. El primero es el más largo, y el mejor también. El sueño es hermoso en esa fase. El segundo estadio no es tan largo, y es un poco más inquietante. Hay en él un elemento de desequilibrio, un cierto matiz de inseguridad. En el tercer estadio, aún más breve, las fuerzas de la luz y la oscuridad (o el bien y el mal) están compensadas, y todo empieza a parecer muy peligroso. En la cuarta fase, la más corta de todas, el lado negativo, oscuro o maligno, triunfa, y al final, todo se destruye. No obstante, es como despertamos por el ruido de un disparo y ver que, a fin de cuentas, solo se trataba de un sueño. Tras este período de vigilia, todo empieza de nuevo.

Si hacen números, se darán cuenta ustedes de que en esta representación las fuerzas del lado oscuro operan un tercio del tiempo total; las del lado de la luz, en cambio, dos tercios. Es una distribución muy ingeniosa que aparece en los principios fundamentales del teatro. Imagínense que esta noche no estamos dando una conferencia, sino que representamos una obra. Los actores que salen a escena son gente normal, como ustedes y como yo. Para cambiar su imagen ante nosotros y caracterizarse, usan un vestuario y un maquillaje distintos; y entonces salen aquí delante y repre-

sentan diversos papeles. Deberán reconocer ustedes que en el fondo desean medio convencerse de que lo representado en el escenario es real. El trabajo de todo gran actor consiste en mantenerles en vilo y agarrados a sus butacas, angustiados, llorando o incluso muriéndose de risa, porque casi les ha convencido de que lo que ocurre en el escenario está sucediendo en realidad. Esta es la grandeza de su arte, engañar al público.

Asimismo, el hinduista cree que el Altísimo representa tan bien su papel que se engaña a sí mismo completamente; y todos nosotros somos divinidades, embaucadas por obra y gracia de nuestra propia representación. Por otro lado, aunque jamás lo admitiéramos, ni siquiera ante nosotros mismos, la verdad es que lo estamos pasando en grande.

Cuando decimos «Yo soy una persona», la palabra «persona» procede del teatro. Si abren el programa de una obra de teatro para consultar el reparto, estarán leyendo las *dramatis personae*, las personas de la obra. La palabra latina *persona* significa «a través del sonido»; es decir, algo que transmite un sonido; la *persona* en el teatro griego o romano era la máscara que llevaban los actores. Dado que las actuaciones eran al aire libre, este accesorio tenía la boca en forma de pequeño megáfono para amplificar el sonido. Así, la persona es la máscara. No deja de ser curioso que lo hayamos olvidado. Harry Emerson Fosdick habría podido escribir un libro titulado *On being a real person*, que, traducido en sentido literal, significaría «Cómo ser un genuino impostor», porque en el sentido antiguo de la palabra, la persona es el personaje, el papel que escenifica el actor. No obstante, si olvidamos que somos los actores y nos creemos personas, habremos quedado atrapados en nuestro propio papel. Habremos sido engañados, encantados, hechizados o embrujados.

Debemos decir algo más de la naturaleza del teatro: el malo ha de existir; a menos, claro está, que se represente alguna clase de obra sin argumento. En general, todas las obras empiezan presentando los hechos. Todos los personajes hacen su vida hasta que la presencia de un problema lo perturba todo. El interés de la obra radica en la pregunta, ¿cómo vamos a solucionar este problema? Es lo mismo que ocurre cuando jugamos a cartas. Si jugamos un solitario, al empezar a barajar las cartas, introducimos el caos. En el teatro debe haber un malo, un lado oscuro, para que el héroe pueda enfrentarse a él, y al mal también. Cuando el propósito del teatro es la llantina, dejamos ganar al malo y lo bautizamos como tragedia. Si lo que nos gusta es el suspense, el héroe será quien vencerá. Si, en cambio, deseamos reírnos, aquello será una comedia. Hay varias soluciones posibles en el conflicto entre héroe y villano, pero cuando cae el telón al final de la obra, ambos personajes salen a saludar cogidos de la mano y el público aplaude a los dos actores. No abuchean al malo de la función, sino que le aplauden por haber interpretado tan bien su papel, y aplauden al héroe por su buen trabajo en el escenario, porque saben que el héroe y el villano solo son personajes, máscaras.

Tras el escenario hay la sala de *atrezzo* del teatro. Las máscaras se guardan allí cuando la obra finaliza, y allí es donde se conservan antes de que se abra el telón. Los hinduistas sienten que más allá del escenario, inmerso en la realidad, todos somos actores muy profesionales que representamos diversos papeles y nos perdemos en los laberintos de la mente y las complicaciones personales, como si la vida nos fuera en ello. Sin embargo, entre bambalinas, en el camerino (en el fondo de nuestra mente y nuestra alma), siempre albergamos la secreta sospecha de que quizá no seamos el yo que creíamos. Los alemanes lo llaman *hintege-*

danka, un pensamiento velado difícil de confesar, porque si hubiéramos sido educados en la tradición hebreo-cristiana, pecaríamos al pensar que somos dioses. Sería una blasfemia; ¡algo a lo que no debemos atrevernos jamás! Las cosas sin duda son como deberían ser, porque el espectáculo debe continuar hasta que el tiempo se detenga de verdad.

Veremos a continuación que estas distintas imágenes del universo implican dos modos bastante opuestos de plantearse dos preguntas fundamentales. La primera es: ¿qué es el hombre? Es decir, ¿quiénes somos? En la tradición hebreo-cristiana respondemos algo así como «Yo soy yo. Yo soy Alan Watts, Fulanito de Tal o Menganita de Cual; y creo firmemente que eso es lo que soy, porque, en realidad, eso es lo que debo pensar, ¿verdad?». Este «yo» es un ego finito, o una mente finita, llámese como se quiera. Por otro lado, en cambio, los hinduistas dirían que lo que realmente somos es el *atman*. Somos las obras, las cosas que no tienen hacedor, la raíz y el sostén del universo y la realidad.

La otra pregunta que responden de manera diferente las dos tradiciones es: ¿Por qué todo se complica?, ¿por qué existe el mal?, ¿por qué hay dolor?, ¿por qué hay tragedias? Según la tradición cristiana, el mal se atribuye a algo ajeno a Dios. Dios es bueno y, como tal, al principio creó el orden del universo sin la presencia del mal. Sin embargo, a raíz de un misterioso accidente, uno de los ángeles, el que se llamaba Lucifer, no hizo lo que se le exigía; y eso condenó al hombre. El hombre desobedeció y no respetó la ley de Dios; y a partir de ese momento, el mal se introdujo en el orden del universo y todo empezó a no salir bien, desafiando el libre albedrío del Dios creador y perfecto.

Los hinduistas piensan de otra manera. Creen que el creador o el actor es el autor del bien y del mal porque, tal y como ya he comentado, necesitamos un malo para montar

una historia. En cualquier caso, no es como si el creador hubiera creado el mal para infligirlo luego a sus víctimas. No estamos diciendo «Dios crea el mal y el bien, y nos inflige el mal a nosotros, pobres e indefensas marionetas». Los hinduistas, por el contrario, afirman: «Nadie siente dolor, salvo la divinidad». No somos pequeñas marionetas aisladas y maltratadas por la omnipotencia. Somos omnipotentes, solo que vamos disfrazados. No hay víctimas, por consiguiente, ni seres desamparados e indefensos. Incluso un bebé con una enfermedad incurable es el Altísimo que está soñando.

Esta actitud causa una profunda desazón en las personas educadas en Occidente, porque parece debilitar los fundamentos de la conducta moral. Si Dios ha creado el bien y el mal indistintamente, ¿resulta entonces que en este universo todo vale? Si me doy cuenta de que soy Dios disfrazado, también me estará permitido el asesinato. No obstante, deberíamos meditarlo con detalle. ¿No destaqué el hecho de que en el juego, según los hinduistas, la parte maligna ocupa un tercio del tiempo y la benigna, dos tercios? Todos los buenos juegos, como ya veremos, los que vale la pena jugar porque despiertan nuestro interés, tienen esta estructura. Cuando el bien y el mal conviven en perfecto equilibrio, el juego es aburrido; no ocurre nada, estamos en un punto muerto. La fuerza irresistible tropieza con el objeto inamovible. Por otro lado, si predomina el bien y apenas existe el mal, si no es en forma de ligero incordio, también resulta aburrido. Por ejemplo, imaginemos que pudiéramos ver el futuro y controlarlo del todo. ¿Qué haríamos? Seguramente diríamos: Barajemos las cartas y juguemos otra mano. Cuando los grandes jugadores de ajedrez disputan una partida y, de repente, les resulta obvio a los dos que las blancas ganarán por jaque mate en dieciséis movimientos y que nada puede hacerse al respecto, abandonan la partida y empie-

zan otra. No desean continuar si ya conocen el resultado: no habría ningún «elemento oculto», ningún factor sorpresa. Una vez más vemos que cuando el bien y el mal se encuentran en perfecto equilibrio, no tenemos un buen juego; y cuando las fuerzas positivas o benignas salen siempre triunfantes, el juego carece de interés. Lo que queremos es un juego en el que siempre parezca que los buenos van a perder, que se encuentran frente a un gran peligro y, sin embargo, siempre consiguen arrancar la victoria al enemigo. En los relatos por entregas, al final de cada capítulo, el héroe siempre termina en una situación de lo más complicada (atado con su novia a los raíles y a punto de perecer arrollado por un tren). Sabemos que el autor lo salvará, aunque sin caer en obviedades, porque entonces el relato sería aburrido y perderíamos el interés por leer las siguientes entregas. Por lo tanto, lo que se necesita es un sistema en el que los buenos siempre ganen pero nunca sean los ganadores, y los malos siempre pierdan pero no sean nunca los perdedores. Es una distribución de fuerzas muy práctica, si se desea crear un juego que mantenga el interés de todos por igual.

Observen sino cómo funciona este principio aplicado a la política. Las mejores camarillas descubren que necesitan un grupo externo formado por individuos aborrecibles para consolidar su propia identidad. Si formamos parte de esa camarilla, deberemos reconocer que el grupo externo es un enemigo necesario, necesario en cuanto que precisamos de él. Por esta razón, no deberemos destruirlo si no deseamos poner en peligro nuestra situación. Hemos de tender un puente de plata al enemigo, y respetar a nuestro máximo y necesario adversario. Necesitamos enemigos, y ellos nos necesitan a nosotros. La cuestión es conservar y mantener lo que yo llamo un conflicto contenido. Cuando el conflicto se nos escapa de las manos, ambas facciones se destruyen;

aunque imagino que incluso entonces, por supuesto, empezará otro juego, quizá al cabo de un millón de años.

Vamos ahora a agrupar estas visiones del mundo. Si las contemplamos desde el punto de vista de la tradición cristiana, hebrea e islámica, descartaremos la posición hinduista, porque si somos cristianos ortodoxos, protestantes ortodoxos que siguen literalmente la Biblia, o bien católico-romanos, en lo que no podemos creer es en la idea de que somos Dios. Sin embargo, retomemos el judaísmo por un momento y preguntémonos: Si el judaísmo es la religión verdadera, ¿puede también serlo el cristianismo? No, porque lo único que los judíos no pueden admitir del cristianismo es que Jesús fuera Dios. Es impensable para un judío que Dios se encamara en un hombre.

La siguiente pregunta es: Si el cristianismo es la religión verdadera, ¿el judaísmo también lo es? La respuesta es sí, porque todos los cristianos son judíos. Aceptaron la religión judía (en forma de Antiguo Testamento) y esta pasó a formar parte de su religión. Los cristianos son judíos con una actitud muy concreta hacia Jesús de Nazaret.

Sigamos con el juego y preguntemos ahora: Si el cristianismo es verdadero, ¿el hinduismo también lo es? La respuesta es negativa, porque los cristianos dirían: Jesús de Nazaret es Dios, pero vosotros no.

La última pregunta sería: Si el hinduismo es verdadero, ¿el cristianismo puede serlo también? La respuesta en este caso es afirmativa, porque incluye al cristianismo. ¿De qué manera?, ¿qué actitud tendría un hinduista hacia un cristiano sincero y convencido? Seguramente diría: ¡Bravo! ¡Es fantástico! ¡Qué actorazo! Dios juega al más extraordinario juego de todos con este alma cristiana. Cree y siente ser otra persona; y no solo eso, sino que además solo vive una

vida, y en esa vida debe tomar la decisión más trascendental que pueda imaginarse. Durante los noventa años que puede vivir un cristiano, este debe elegir entre la beatitud eterna y el sempiterno horror; y no sabe muy bien cómo hacerlo, porque en el cristianismo hay dos pecados, entre muchos otros, que cabe evitar a toda costa. Uno es el de la presunción: saber a ciencia cierta que nos salvaremos; el otro es la desesperación: tener la certeza de que nos condenaremos. Siempre queda un margen de duda entre la condena y la salvación, y en ese mismo margen es donde, con profundo temor y respeto, hacemos méritos para lograr salvamos.

El cristianismo sería, por lo tanto, la religión del jugador. Imaginemos que sabemos que en un gran casino hay un fantástico jugador profesional que ha estado ganando durante toda la noche y, de repente, casi al llegar la madrugada, decide apostar todas sus ganancias al rojo o negro. La gente hace corro a su alrededor para observar esta arriesgada jugada. El alma cristiana vive un conflicto similar al de esta increíble apuesta, y en un universo que podría albergar la tragedia final, un error absoluto, fatal e irremediable. ¡Qué horrible pensamiento! El hinduista se encuentra sentado entre el público, fascinado por la extraordinaria apuesta del cristiano. Piensa que es un juego hermoso. El cristiano no sabe que es un juego, pero el hinduista lo sospecha; y admira, en cierto modo, la situación, aunque esta no termina de atraparlo.

Quizás pensemos, como en la vieja canción, que «Al hombre y a su país un día les llega el momento de decidir, en la guerra que libran verdad y falsedad, si enarbolar la bandera de la bondad o militar en las filas del mal. El valiente elige, y el cobarde se inhibe». Suena bien, ¿verdad? El compromiso, la toma de partido y la defensa de los ideales. Es una virtud, aunque, por otro lado, ser comprensivo tam-

bién es otra virtud. Si consideramos a nuestro enemigo en la batalla de la vida un enemigo absoluto, malo como la rabia, no podremos hacer gala de nuestra comprensión, le dispensaremos del trato de caballero y no le brindaremos el honor de la batalla. Tendremos que aniquilarlo a cualquier precio: todo vale. Eso nos lleva a situaciones muy peliagudas, sobre todo cuando el contrincante dispone de los mismos medios para destruirnos.

Si, por otro lado, sabemos que en todas las batallas, por muy en serio que nos las tomemos y por muy importantes que las juzguemos, en el fondo tenemos la certeza de que tampoco son tan prioritarias, aunque no hayan perdido su importancia, nosotros nos habremos salvado; y eso nos permitirá convertirnos en buenos jugadores. Quizá a ustedes les incomode la palabra «jugar», porque solemos utilizarla en un sentido trivial: Estás jugando. Te crees que la vida solo es un juego. Ciertamente, los hinduistas denominan *lila* a la creación del mundo, el juego, la obra de la divinidad. No obstante, nosotros también utilizamos esta obra, este juego, en un sentido más profundo. Cuando vemos *Hamlet*, que de trivial no tiene nada, estamos viendo una obra, algo que se representa como un juego. El mismo placer del juego es el que sentimos al oír tocar al organista de la iglesia. En el Libro de los Proverbios, finalmente, se dice que la sabiduría divina creó el mundo jugando ante el trono de Dios. Cuando ponemos música (incluso la música de Bach, por nombrar a un gran maestro de la llamada música culta), lo hacemos también animados por el mismo espíritu de juego.

Los hinduistas ven este mundo como un juego, en el sentido más profundo del término, y, por lo tanto, consideran las intensas situaciones personales y sociales que vivimos no como falsos espejismos, sino como fantasías magníficas tan bien representadas que terminan por confundir a los ac-

tores hasta hacerles olvidar quiénes son en realidad. Con el engaño, el ser humano piensa que es una criatura insignificante que ha venido a este mundo extraño e ignoto para ser una marioneta del destino. Ha olvidado que todo consiste en un juego, desde un buen principio, un juego que también se identifica con su propio yo.

6. LA RELIGIÓN Y LA SEXUALIDAD

De una manera bien particular y curiosa, los occidentales viven colgados del sexo. La razón principal deberíamos buscarla en su formación religiosa, única entre las distintas religiones del mundo. Me refiero específicamente al cristianismo y, en segundo lugar, al judaísmo, sobre todo el de Europa y los Estados Unidos, vistas las claras influencias que posee del cristianismo. De todas las religiones del mundo, el cristianismo es la única cuya máxima preocupación es el sexo, incluso más que el *yoga* tántrico o cualquier otra clase de culto a la fertilidad que pueda haber existido sobre la faz de la tierra. Jamás ha existido religión alguna en la que la sexualidad tenga tanta importancia.

En el lenguaje popular, cuando decimos que alguien vive en pecado, se entiende que no nos referimos a que esa persona ha cometido un fraude vendiendo pan elaborado con sustancias tóxicas o montando un negocio de falsificación de cheques. La gente que vive en pecado es la que tiene una vida sexual irregular. Del mismo modo, cuando decimos que algo es inmoral, a menudo significa sexualmente irregular. Cuando yo era pequeño e iba a la escuela, recuerdo que solíamos tener un predicador que nos daba sermones una vez al año, y siempre hablaba de la bebida, el juego y la inmoralidad. Por su manera de pronunciar la palabra, quedaba muy claro a qué se refería con el término «inmoralidad».

La mayoría de las iglesias en Estados Unidos y el mundo occidental son, en realidad, sociedades reguladoras del sexo y poca cosa más. De vez en cuando se interesan por otros asuntos morales, pero la verdad es que eso ocurre muy pocas veces. Para demostrarlo, solo tenemos que preguntar cuáles son los motivos por los que se puede expulsar a alguien de una iglesia. Las personas pueden vivir en la envidia, el odio, la malicia y la inmisericordia, y seguir conservando su reputación. Sin embargo, en el momento en que se les descubre ciertos comportamientos sospechosos relacionados con su vida sexual, se les echa, y esa es la única causa digna de expulsión.

Los manuales católicos de teología moral son libros técnicos que describen todo tipo de pecados (cuáles son, cómo se hacen y la gravedad que revisten), y el público al que van destinados es principalmente confesores y clero en general. Siguen el orden de los Diez mandamientos, y «No cometerás adulterio» ocupa dos terceras partes del libro, profusamente ilustradas.

Por alguna extraña razón, tenemos el sexo en el cerebro, que no es precisamente el lugar más indicado para ello. El asunto requiere nuestra atención, porque no es tan simple como parece. En el fondo, el problema arranca de dos postulados distintos. Uno de ellos es por qué, de entre todos los placeres, la gente religiosa se asusta en especial ante el placer sexual. Tampoco es algo que, por otro lado, deba aplicarse solo al cristianismo. El cristianismo lo enfatiza de alguna manera, pero en las religiones orientales, sobre todo en la India, predomina la idea de que si deseamos alcanzar el nivel de espiritualidad más elevado, lo único a que debemos renunciar es a la sexualidad, en su acepción más corriente de relaciones sexuales genitales. Todo ello refleja una determinada actitud con el mundo físico, porque a tra-

vés de la sexualidad, y también del comer, establecemos nuestras relaciones más fundamentales con la materialidad, la naturaleza y el universo físico. Es, por otro lado, el punto en que nos sentimos más unidos al cuerpo, al organismo físico y a la vida material. Esa es una de las razones por las que la sexualidad es tan problemática.

La otra razón, más sutil aún, es que la sexualidad es algo de lo que no podemos librarnos. Hagamos lo que hagamos, la vida es sexual, en el sentido de que o bien somos varones, o bien mujeres. Existen otras gradaciones, pero en lo básico, todas son formas de varón o mujer. Además, es obvio que todos nosotros somos el producto de relaciones sexuales. Esta faceta sexual de la vida puede contemplarse de dos maneras. Por un lado, podemos decir que los ideales más elevados del hombre, su espiritualidad, son sencillamente el producto de una sexualidad reprimida; por otro lado, podemos decir que la sexualidad humana es una manifestación física, una forma o expresión particular de lo que es espiritual, metafísico o divino. Esta última concepción es la que yo sostengo. Yo no creo que la religión sea el producto de una sexualidad reprimida. La sexualidad solo es una de las muchas maneras en que todo lo que es, sea lo que sea, se expresa por sí mismo; y la sexualidad es algo de lo que no podemos prescindir. Esos modos de vida en los que la sexualidad se desprecia o se reprime de algún modo siguen siendo una expresión de sexualidad. Si logramos darnos cuenta de ello, veremos que el sexo es un tabú muy especial y poco corriente para el cristianismo.

El sexo es pues tabú en el cristianismo; hay que reconocerlo. Los pastores más modernos afirman que el sexo está bien si estamos casados y tenemos una relación madura con un miembro del sexo opuesto. No obstante, si leemos los escritos cristianos anteriores a 1850 aproximadamente, descu-

briremos que era inaceptable, y solo se toleraba entre marido y mujer cuando el fin era la procreación, aunque, en general, era preferible evitarlo. Como dijo san Pablo, es mejor casarse que arder en el infierno. En todos las obras de los Padres de la Iglesia, desde san Pablo hasta san Ignacio de Loyola, desde los grandes y relativamente actuales líderes de la espiritualidad católica hasta Calvino y los grandes protestantes como John Knox, se dice que el sexo, en general, es pecado y es obsceno.

Es fácil decir que se equivocan, pero yo querría llamar la atención, no obstante, sobre otro aspecto de la prohibición sexual. Uno de los métodos más eficaces para que un arbusto crezca es podarlo. No hay como reprimir el sexo para hacerlo interesante. Por consiguiente, tras tantos siglos de represión sexual y de asociar el sexo a algo sucio, Occidente desarrolló una peculiar forma de erotismo. Este aspecto del problema no reviste gran interés para mí, pero mencionaré brevemente que la actitud de anti-sexualidad en la tradición cristiana no es tan «anti» como pueda parecer. Sencillamente es una manera de convertir el sexo en algo lascivo y excitante en cuanto obsceno. Quizá sea un buen remedio para aquellos a quienes les cueste montarse una juerga y necesiten animarse.

El otro aspecto del problema es mucho más interesante. Es decir, ¿por qué el placer es un problema para los seres humanos? Si consideramos que la actividad sexual es un placer supremo que nos une al cuerpo y al mundo físico, ¿qué problema hay en ello? La respuesta es sencillamente que el mundo físico es pasajero y efímero; es perecedero. Aquellos cuerpos que antaño fueron fuertes, suaves y preciosos se marchitan y corrompen hasta convertirse en esqueletos. Si abrazamos uno de estos cuerpos y de repente se convierte en un esqueleto, como ocurriría si aceleráramos

nuestro sentido del tiempo, nos sentiríamos engañados. Llevamos siglos quejándonos. La vida es corta y las bellezas de este mundo, transitorias. La gente sensata no se enamora de la belleza mortal, ama los valores espirituales que son eternos. Incluso Ornar Khayyám dice: «La esperanza mundana que alimenta el corazón del hombre se toma ceniza; o fructifica, y se apresta a desaparecer, como la nieve que cayendo sobre el rostro polvoriento del desierto, lo ilumina una breve hora o dos». Mejor no apostar a ese caballo.

Si leemos literatura espiritual cristiana, budista, hinduista o taoísta, veremos que todas ellas enfatizan la importancia del desapego del cuerpo, del mundo físico, para que el individuo no resulte engullido por la corriente de lo efímero. La idea es que en tanto nos identifiquemos con el cuerpo y los placeres carnales, esa identidad se perderá en el reino de lo fugaz. Así pues, mantengamos las distancias, aconsejemos a los hinduistas que practican el *yoga* y contemplemos las experiencias sensoriales como algo externo a nosotros que solo podemos presenciar en calidad de testigos. Nos identificaremos con el yo eterno, espiritual e inamovible (el testigo de todo lo que sucede), y nos liberaremos de lo transitorio eliminando los lazos que nos unen a él, así como el espejo se desvincula de las cosas que refleja. Mantengamos la mente pura y limpia, libre de polvo y suciedad, sin defectos, inmaculada, y, al igual que ocurre con un espejo, reflejando todo lo que sucede sin implicarnos en ello.

Siempre me ha parecido que esta actitud de distanciamiento esencial del universo físico plantea la muy grave pregunta del porqué de un universo físico. Si de alguna manera Dios es el responsable de la existencia de la creación, y si su creación es en lo fundamental un engaño, ¿por qué la hizo?

Según diversas teologías, el universo físico se contempla como un error, como la pérdida de la condición divina, como si algo hubiera salido mal en el dominio celestial y hubiera provocado que los espíritus, que, de hecho, somos nosotros, perdieran su estado de gracia y adoptaran un cuerpo animal. Existe una antigua analogía vigente todavía que plantea que la relación con nuestro propio cuerpo es como la de un jinete con un caballo. San Francisco llamaba a su cuerpo el Hermano asno. Somos almas racionales con un cuerpo animal a nuestro cargo, y si somos de la vieja guardia, pensaremos que debemos castigarlo hasta que logremos someterlo. Si, por el contrario, somos freudianos, en lugar de dar latigazos a nuestro caballo, lo trataremos bien y le obsequiaremos con montones de azúcar; pero seguirá siendo nuestro caballo. Incluso en Freud hay un marcado elemento de puritanismo. Lean si no el libro de Rieff titulado *Freud: The Mind of the Moralist*, donde se demuestra que Freud pensaba en líneas generales que el sexo era algo degradante, aunque inevitable y terriblemente necesario; y no podía marginarse, sino que había que enfrentarse a él. Sin embargo, advertimos también aquí el legado de esa escuela filosófica que nos describe como a seres escindidos, con un ego identificado con un alma racional de origen espiritual y un cuerpo físico de componente animal. Cualquier triunfo espiritual, a la luz de esta tradición, por lo tanto, requerirá la espiritualización del componente animal, la sublimación de sus extrañas y sucias necesidades imperiosas. Imagino que la relación sexual ideal para estas personas es la que se desarrollaría sobre una mesa de quirófano con un buen desinfectante a mano.

Por supuesto que el mundo físico y su belleza son perecederos. Todos nos deterioramos de una manera u otra, sobre todo cuando ya hemos pasado la juventud. No obstante, no

me parece que tengamos que renegar de ello. El hecho de que el mundo físico sea caduco parece formar parte de su esplendor. No hay nada más horrible que llegar a los treinta y quedar congelados en esa edad para siempre. Nos convertiríamos en una especie de figura de cera animada; esa permanencia física haría que la gente pareciera de plástico. De hecho, en eso nos está convirtiendo la tecnología aplicada a conservar la juventud eterna. Nos sustituirán todas las partes del cuerpo deterioradas y rotas con complejas piezas de plástico y, al final, todo nuestro cuerpo será un sofisticado mecanismo de poliuretano. Todos sentiremos que somos de plástico, y nos aburriremos soberanamente, porque la decadencia y la destrucción eternas del mundo son la fuente de su vitalidad misma. La vitalidad es el cambio. La vida es la muerte; siempre se destruye.

Hay unos momentos supremos en que conseguimos una vitalidad corporal magnífica. Es como si en una orquesta que está tocando, un determinado grupo de violines entrara en el momento preciso que está deseando el director. En eso consiste el arte de la vida, en hacer las cosas en el momento adecuado. Del mismo modo, en lo que concierne al amor y la sexualidad, y también a los placeres de la gastronomía, el tiempo es esencial. Los disfrutamos un instante y luego desaparecen; pero no es algo que debamos lamentar. Solo será lamentable si no sabemos cómo aceptarlo cuando llegue el momento.

De esto es precisamente de lo que quiero hablar, porque distanciarse del mundo, en el sentido que emplean los budistas y los taoístas, no significa no participar de él. Podemos tener una vida sexual rica y plena y, en cambio, estar siempre distanciados. No quiero decir que lo hagamos mecánicamente mientras tenemos la cabeza en otra parte. Me refiero a una participación completa, aunque distanciada. La

diferencia entre las dos actitudes es la siguiente: por un lado, puede sentirse tanta angustia por el placer físico, tanto terror a no conseguirlo que nos agarremos a él con furia y lo destruyamos. Tras unos cuantos intentos fallidos, nos embargará una sensación de decepción y vacío. Notamos como si hubiéramos perdido algo, y en esa búsqueda, seguimos repitiendo, una y otra vez. Es un trauma. A esto nos referimos cuando hablamos de desapego a este mundo, en el sentido negativo del término. El placer no puede experimentarse en su totalidad cuando uno se agarra él.

Conozco una niña a quien le regalaron un conejito. Estaba tan encantada y temía tanto perderlo que, de vuelta a casa en el coche, lo abrazó tanto que lo ahogó. Muchos padres hacen lo mismo con sus hijos, y con su pareja. Se les aferran tanto que matan esta cosa tan frágil, hermosa y fugaz que es la vida. Para disponer de la vida y los placeres que comporta, debemos, al mismo tiempo, dejarla vivir. Entonces nos sentiremos completamente libres para disfrutar de ese placer de la manera más visceral, alocada, desmadrada y golosa del mundo, una manera en que todo nuestro ser se estremezca en una especie de sacudida convulsiva y ondulante, como el pulso mismo de la vida. Sin embargo, esto solo ocurrirá si nos dejamos ir, si deseamos abandonarnos.

La palabra «abandonarnos» es curiosa. Decimos de la gente disoluta que se abandona, pero abandonarse también es una característica de los santos. Un gran padre jesuita escribió un libro titulado *El abandono ante la divina providencia*. Hay ciertas personas, de las que no podemos decir que estén chifladas, que dada su espiritualidad, no se aferran a ningún atributo. No llevan pesadas cargas. Son libres, y precisamente esa clase de abandono es crucial para disfrutar todos los placeres, sobre todo el placer sexual.

Desconozco si esto le resultaría familiar a un niño educado en un entorno religioso en los Estados Unidos, pero puedo decir que mi experiencia infantil en una escuela de Inglaterra fue algo fascinante. Desde que se bautiza a un niño y mientras sea demasiado joven para saber lo que eso significa, tendrá a alguien que velará por él: el padrino y la madrina. No obstante, al entrar en la pubertad, viene la confirmación, y entonces es el mismo chico el que reafirma los propios votos bautismales. Antes de la confirmación en la Iglesia anglicana, sin embargo, que en este país es la episcopaliana, es necesario cursar unos determinados estudios. En Inglaterra consisten en gran medida en unas clases sobre historia de la Iglesia, porque el enfoque británico en lo concerniente a la religión es muy arqueológico y se basa en los grandes santos y héroes cristianos del pasado. En el fondo es muy interesante, porque de alguna manera nos asocia con la tradición del rey Arturo y los caballeros de la Tabla redonda. Sin embargo, llega un momento en que todos los candidatos a la confirmación deben tener una charla en privado con el capellán de la escuela. Desde tiempo inmemorial todos los procesos iniciáticos al misterio han consistido en comunicar un secreto. Existe, por lo tanto, una cierta expectación ante esta reunión privada, porque lo lógico es pensar que al consistir en una iniciación religiosa, el secreto nos desvelará alguna información prodigiosa sobre la naturaleza de Dios o la razón fundamental del ser. Sin embargo, no es así. La charla iniciática y secreta es una conferencia trascendental sobre los peligros de la masturbación. No se especifica cuáles deben ser esos males, pero se adivina vagamente que producen enfermedades abominables. En otras palabras, y no exentos de un cierto sentido perverso, los candidatos a la confirmación solíamos divertirnos atormentándonos con imágenes de las terribles enfermedades que

nos acarrearía esta práctica (enfermedades venéreas, epilepsia, tuberculosis o sama).

Lo más extraordinario es que el mismo capellán que nos daba esas conferencias también las había sufrido en carne propia durante sus años escolares, en que otros capellanes debían de darle los mismos sermones, e imagino que todo esto se remonta a mucho tiempo atrás. Esos clérigos sabían perfectamente que uno de los patrones de conducta de la adolescencia más característicos es el desafío ritual a la autoridad. Has de protestar contra la autoridad, y, de esta manera, te confabulas con tus coetáneos, con tus compañeros e iguales. Nadie soñaría en chivarse, porque entonces sería un soplón, un canalla, y, por supuesto, perdería el favor de los demás chicos. Es obvio en ese caso que la masturbación ofrecía la salida perfecta para este desafío ritual porque era divertida, una afirmación de virilidad y, sobre todo, algo nefasto.

En el contexto religioso del mundo occidental coexisten dos tradiciones principales: una semítica y la otra griega. Para la tradición semítica, el mundo material y la sexualidad son sin duda alguna cosas buenas. Los judíos y los musulmanes piensan que fue una magnífica idea el que Dios creara mujeres hermosas. *El jardín perfumado*, el libro árabe que es la versión islámica del *Kama Sutra*, se abre con una plegaria de agradecimiento a Alá muy completa y detallada por el encanto de las mujeres con las que el profeta ha bendecido a la humanidad. En el Libro de los Proverbios nos impelen a disfrutar de nuestras mujeres mientras conserven su juventud. Sin embargo, y aun así, en general pervive la creencia semítica de que la única justificación de la sexualidad es la reproducción. Eso es lo que la hace buena a los ojos de Dios, y esa es la limitación que se le impone. La

energía sexual, en realidad, no debería malgastarse con otros propósitos.

Por el contrario, también somos herederos de una tradición griega muy influenciada por una concepción dualista del universo en la que la existencia material se concibe como una trampa, un descenso a la materia creciente y obstructora que es antagónica a la luz y la libertad de espíritu. Por consiguiente, para determinadas religiones griegas (entre las que debemos mencionar los misterios órficos, la concepción neoplatónica y el agnosticismo tardío), salvarse significa pasar de la existencia material a un estado puramente espiritual. Según este punto de vista, la práctica del sexo es el arquetipo mismo del entorno material: mártir, madre, *mater* y materia son, en realidad, la misma palabra. El gusto por las mujeres es, por lo tanto, la gran trampa, doctrina que, curiosamente, fue inventada por los hombres y retoma las palabras de Adán: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí».

A lo largo de la evolución de la teología cristiana, desde la época de san Pablo aproximadamente hasta principios del renacimiento, fue aceptado de manera universal que el sexo era nocivo. Lean si no a san Agustín, quien afirma que en el Paraíso, antes de caer en pecado, las tareas reproductivas no eran causa de excitación, al igual que ocurre con el excretar o el orinar; funciones, por otra parte, localizadas en el mismo sitio. No había una vergonzante excitación de los órganos sexuales. La actitud generalizada de los Padres de la Iglesia durante esos siglos fue la de defender la manifiesta superioridad espiritual del estado virginal frente al matrimonio, y tolerar las relaciones sexuales solo dentro del vínculo matrimonial, siempre y cuando su único objeto fuera la reproducción. Los manuales y los libros de castigos morales de los teólogos de la Edad Media ofrecían una lista de las

penitencias que debían cumplir incluso las parejas casadas que mantenían relaciones sexuales en la vigilia de misa o antes de recibir la Sagrada Comunión; y, por supuesto, el sexo estaba prohibido durante las grandes festividades religiosas. A pesar de que en teoría el matrimonio es un sacramento que, de alguna manera, bendice esta peculiar relación, la actitud más común es la de que aun partiendo del sacramento, el sexo sigue siendo algo sucio y denostable.

Por otro lado, hemos de entender que en aquellos tiempos la institución del matrimonio no era igual que hoy en día. En los albores del cristianismo el matrimonio era una institución social para crear alianzas entre familias. La gente no se casaba con alguien de su elección, salvo en circunstancias excepcionales. Los hombres se casaban con la chica elegida por su familia, quienes decidían con sumo cuidado desde un punto de vista político, así como eugenésico y económico. Se casaban pues con la muchacha en cuestión, aunque no estuvieran necesariamente enamorados, y el mundo laico entendía a la perfección que los varones vivieran otras historias paralelas. Los que podían permitírselo tenían concubinas, o incluso dos, tres y hasta cuatro esposas. La elección de las otras esposas era bastante más libre, pero la primera, siempre la elegía la familia. Este es el contexto donde la Iglesia afirmaba que la única compañera de lecho debía ser la mujer con quien la autoridad paterna hubiera dispuesto el matrimonio.

La idea del amor romántico no se asocia al matrimonio hasta las primeras manifestaciones trovadorescas de Provenza, al sur de Francia, a finales de la Edad Media. Comienza entonces la idealización de la mujer como una diosa inspiradora y, a su vez, el concepto de caballero errante. Beatrice es la musa que inspira a Dante y le conduce al cielo. Los historiadores actuales no se ponen de acuerdo sobre

si esas damas eran, en realidad, las amantes de los corteses caballeros o tan solo mujeres idealizadas, pero la influencia del culto al amor romántico en Occidente fue muy profunda; y trajo consigo una extraña combinación de ideas: en primer lugar, la noción de que el matrimonio era la única relación lícita donde practicar los escarceos amorosos y, en segundo lugar, la idea de que la mujer que se desposaba debía ser aquella de quien uno se hubiera enamorado. Fue difícil conciliar dos ideas tan opuestas, porque lo natural es que cuando amamos a alguien de verdad, caigamos presa del entusiasmo y digamos cosas no demasiado lógicas o racionales. Nos plantamos delante del altar y decimos: «Amor mío, cariño, preciosa mía; te adoro tanto que viviré contigo para siempre, hasta que la muerte nos separe». Por mucho que nuestros sentimientos sean sinceros, quizá nuestro grado de entusiasmo decrezca con el tiempo. Es la misma actitud con la que los antiguos vitoreaban a sus reyes diciéndoles: «¡Larga vida al rey!». Le deseaban muchos años de vida, pero no la vida eterna.

El problema surgió cuando esta especie de extravagante manifestación lírica cayó en manos de gente como san Agustín y otros autores cristianos, que, influidos por los realistas romanos, la trasladaron al corpus legislativo. Se creó una situación paradójica, cuyas sutiles consecuencias todavía no han sido debidamente exploradas. Pensemos en esas épocas en que predominaba esta actitud mojigata respecto del sexo. La revolución burguesa en la Inglaterra victoriana y los Estados Unidos es el ejemplo más cercano a nuestros días. Victoriano, por lo general, es peyorativo, y denota una extrema monogamia y un marcado disgusto por la sexualidad. Sin embargo, si examinamos a conciencia la historia del período Victoriano, descubriremos que fue una época de profunda lascivia. Solo hay que mirar la suntuosi-

dad del mobiliario Victoriano para percatarse de que las sillas eran mujeres disfrazadas; incluso el modo en que modelaban las patas de los pianos reflejaba esta influencia.

Freud y Havelock Ellis, entre otros, cometieron un error. Afirmaron que la iglesia, y la religión en general, solo era una manera de sublimar el sexo. —Por las más peregrinas razones, esta gente suprimió el sexo, y así fue como lo convirtieron en una fuerza muy poderosa—. Para entenderlo debemos recordar que hallaron una relación analógica entre la hidrología y la psicología humana. Compararon a esta con un río: por mucho que construyamos una presa, el río terminará por desbordarla. No hemos de concluir, sin embargo, que la psicología humana sea parecida a la hidráulica, pero esa fue la metáfora que emplearon Ellis y Freud. Los psicólogos afirmaron: «La iglesia ha reprimido el sexo, pero si analizamos su simbolismo, veremos que en el fondo es una potente expresión de sexualidad. Todo se reduce a la libido como realidad fundamental». La iglesia, a su vez, respondió a los ataques: «Esto no tiene nada que ver. Reducir la iglesia a una manifestación de la represión sexual solo es una manera de atacar lo sagrado; y al contrario: afirmamos que aquellas personas fascinadas por el sexo y que se dedican a adorarlo están reprimiendo la religión».

El problema de este debate fue que todos perdieron los papeles. La Iglesia hubiera debido responder a Freud diciéndole: Muchísimas gracias. Es cierto, nuestro simbolismo es sexual. Las torres del campanario de las iglesias, los ventanales vesiculares y los escudos heráldicos sobre los que colocamos las imágenes del crucifijo o de la Virgen María son abiertamente sexuales. Sin embargo, la forma sexual revela los misterios del universo. El sexo no es mero sexo. Es algo sagrado, y una de las revelaciones más maravillosas de lo

divino. La Iglesia, no obstante, era incapaz de pronunciar estas palabras.

Cuando contemplamos las imágenes y la iconografía budista tibetana, o bien los templos hindúes, descubrimos cosas que ni europeos ni americanos han podido comprender jamás. Existen imágenes de budas y dioses enfrascados en sorprendentes diversiones con sus parejas femeninas. La gente las considera esculturas obscenas; nada más lejos de la realidad. Revelan a los que las contemplan que el juego entre el hombre y la mujer es un reflejo en el plano biológico del juego fundamental del cosmos. Los principios positivos y negativos, la luz y la oscuridad, lo mental y lo inmaterial interactúan entre sí. El propósito del juego sexual no es la mera función utilitaria de la reproducción de la especie, como parece serlo para la inmensa mayoría de animales. Lo que distingue a la sexualidad humana, en particular, es la capacidad de otorgar intimidad a la pareja y sumirla en un profundo estado de unión sentimental. En otras palabras, es un sacramento, el signo externo y visible de una gracia interior y espiritual que crea el amor. Por lo tanto, como esa unión parece ser patrimonio de los seres humanos, es del todo absurdo degradar la sexualidad humana diciendo que solo debe llevarse a cabo como los animales, porque estos todavía no han evolucionado hasta el punto de que el sexo sea una expresión sacramental del amor. Aunque la gente práctica considere el enamorarse una especie de locura, en realidad es algo parecido a la visión mística o gracia. Bajo esta luz contemplamos a las personas en su aspecto divino. Cuando la canción dice: «La brisa susurra tu nombre, Louise», evoca que existe una especie de estado extraordinario de intoxicación mística en el que toda mujer se convierte en una diosa y, por el mismo procedimiento, todo hombre en un dios.

No obstante, el resultado de las diferencias existentes entre los defensores de la religión y los defensores del naturalismo científico se saldó con insultos mutuos. Nunca se pusieron de acuerdo porque ni la Iglesia ni sus detractores entendieron que la sexualidad y todo lo que esta conlleva es un impulso hacia delante, en el plano de la biología, de aquello en que consiste el universo entero; y eso es un juego frenético. El resultado final ha sido una especie de compromiso. Los círculos eclesiásticos condenan el sexo de manera indirecta con parcos elogios, y comienzan a decir que, después de todo, el sexo lo hizo Dios, y quizá sea algo más que la reproducción; puede que consolide los lazos del matrimonio entre marido y mujer, aunque en la práctica sigue siendo un temible tabú.

Asimismo, la oposición a la mojigatería cristiana siempre se pasa de la raya y se convierte en libertinaje absoluto. Se inicia entonces un pulso entre los que desean que las faldas lleguen al suelo y los que las quieren cortas hasta el cuello, y nosotros debemos establecer los límites. El juego entre ambas fuerzas trasciende la cuestión de dónde poner límites, y ese es un juego muy excitante, siempre y cuando ninguno de ambos bandos gane. Imagínense lo que ocurriría si ganaran los libertinos y ocuparan la iglesia los miércoles por la noche para que el grupo presbiteriano infantil pudiera reunirse para rezar a través del sexo. Los niños irían al médico de la escuela para hacer un curso sobre higiene, les darían lecciones con muñecas hinchables y luego los alumnos lo harían en clase, todo en una atmósfera muy higiénica. Piensen en el aburrimiento de una situación planteada en estos términos. Después de todo, no van nada desencaminados los que destacan la importancia de la modestia. No debemos permitir que dominen a los demás, pero tampoco

tenemos que eliminarlos. El equilibrio de los opuestos funciona de esta manera en la vida.

Veamos otra analogía completamente distinta. Tenemos un grupo biológico, una especie a la que llamaremos A, con un enemigo natural, B. Un día A se enfurece contra su enemigo natural B y se plantea eliminarlo. Aúnan sus fuerzas y vencen; sin embargo, al cabo de un tiempo empiezan a debilitarse y su población aumenta. Ya no existe quien se coma el exceso de población de A, y, además, no hay motivo para mantenerse en forma y preparar la defensa ante los ataques del enemigo. La especie empiezan a entrar en decadencia porque ha destruido a su enemigo cuando lo que hubiera debido hacer, piensan, es cultivarlo. Este es el significado real de la expresión «Ama a tu enemigo». Existe algo llamado el bienaventurado enemigo. Si las moscas y las arañas no se tuvieran las unas a las otras, habría demasiadas arañas o demasiadas moscas. Estos equilibrios mantienen el curso de la naturaleza.

Lo mismo les ocurre a libertinos y mojigatos. Se necesitan mutuamente. Si ustedes tuvieron un padre y una madre mojigatos, deberían estarles agradecidos por haber hecho que el sexo sea tan interesante para ustedes. Sin embargo, las generaciones siempre se rebelan contra las que les han precedido, y eso ayuda a mantener la tensión. Es gracias a esta dinámica de los opuestos que conocemos la separación y buscamos el amor que mueve al mundo.

ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo

un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

Notas

[1] De joven, cuando era mucho más joven que ahora, jamás necesité la ayuda de nadie. The Beatles. (*N. de la T.*) <<

ÍNDICE

Mito y religión	2
INTRODUCCIÓN	6
1. LA AUTORIDAD ÚLTIMA	9
2. ¡OLVIDEMOS LO QUE DEBERÍA SER! ES LO QUE ES	27
3. JESÚS: ¿SU RELIGIÓN O UNA RELIGIÓN SOBRE ÉL?	47
4. LA DEMOCRACIA EN EL REINO DE LOS CIELOS	64
5. LAS IMÁGENES DEL HOMBRE	83
6. LA RELIGIÓN Y LA SEXUALIDAD	101
Sobre el autor	118
Notas	120